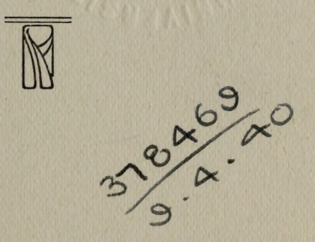

3 1761 09544994 8

PRESENTIMIENTOS

F

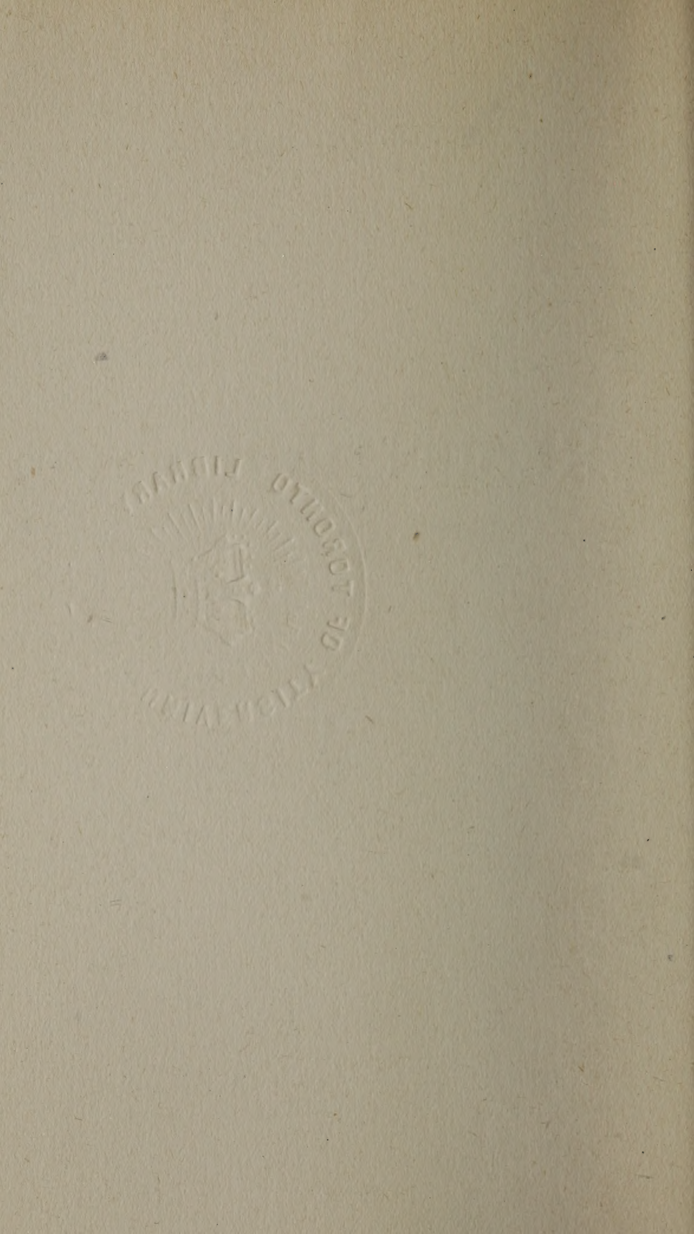
ARTURO MARASSO ROCCA

PRESENTIMIENTOS



BUENOS AIRES

CASA EDITORA
Librería Científica y Literaria «El Ateneo»
371 - Florida - 371
MCMXVIII



A SU QUERIDO AMIGO

DON JOSÉ DE SAN MARTÍN

DEDICA ESTA OBRA

A. M. R.

En el silencio de la noche

I

EN EL SILENCIO DE LA NOCHE

El silencio en la noche se ha vuelto tan profundo
que en el círculo claro de la luz familiar,
el misterio concentra mi espíritu y el mundo
en la estrofa que trae su rumor estelar.

Cual de un ropaje inútil, me despojo del día
que le infundió a mi espíritu mundana turbación
con su estruendo que apaga la inmortal armonía,
y la paz de la noche me da su elevación.

En las manos serenas ya reposa mi frente,
la soledad alivia mi callada inquietud,
y parece que surge de pronto, mansamente
cual las aguas copiosas, la clara juventud.

Ella dirá en la noche llena de pensamiento,
ante el mundo sombrío, su canción de bondad;
y cubrirá de rosas su corazón sangriento
al bañarlo en las ondas de azul eternidad.

Eternidad que duermes en el círculo claro
de la luz compañera de nocturna labor,
tú sabes que mi alma va sola y sin amparo
por tus ásperas cimas de ensueño y de dolor.

Has visto deshojarse mi alma de amargura
y estar sola en tu océano y morirse de sed,
de la sed de un halago, de una sed de ternura,
y tú sola le has dicho: floreced, floreced.

Y el corazón que tienes en tus manos rendido
abre su flor extraña de azul inmensidad,
y al quedarse en tu seno sin límites dormido,
comprende en tu silencio tu amor, eternidad.

II

EN LA MAÑANA

LA MUSA

Te corona de pronto la guirnalda gloriosa
de los hermosos años, juventud armoniosa;
miras brotar edenes donde tu planta huella,
y parece tu espíritu el alba con su estrella.
El mundo familiar y vibrante, su aliento
de mares y de selvas pone en tu pensamiento
y el azul de los claros estíos en tu frente.
La vida es hoy tu novia que te habla dulcemente.

LA VOZ DE LA MAÑANA

En la onda de viento que palpita en la rama
del árbol que florece, y en donde se derrama
la corola ya henchida de aromas, la alegría
de la mañana diáfana va a darte su buen día;
el estío potente se acerca a tu ventana
y su ánfora celeste te brinda la mañana.

LA MUSA

Oh vida, te perfumas como una desposada
cuando el poeta te abre su suntuosa morada,

y penetras ardiente, en desorden, ligera,
con un maravilloso traje de primavera.
El sol radiante brilla; las ramas rumorosas
dejan caer sus pétalos azules, y las rosas
con sus vivas guirnaldas se abren en tu ventana,
diciéndote: poeta, tu novia es la mañana.
Revuelan las abejas en los trémulos lampos
y en la estrofa sublime hay un olor de campos.
He surgido en el alba de los verdes breñales,
plena de gozo y vida, de anhelos inmortales;
mi larga cabellera húmeda de rocío
tiene el soñado encanto del voluptuoso estío;
y al dejarte, poeta, su sagrado tesoro
la mañana, desciendo en una lluvia de oro,
o me acerco de súbito, imperiosa y sonriente,
y beso estremecida tu boca, adolescente;
en la página escrita mi cabellera ondea
y en tus ojos profundos se adormece la idea...

EL POETA

Oh musa de los claros estíos lujuriantes,
de la inmensa alegría de las horas distantes,
surgiste en la mañana de entre un mar de corolas,
era un campo de trigos y abiertas amapolas;
te acercaste sonriente, fuiste a mi lado muda,
fulgía castamente tu belleza desnuda;
tu cabeza en mi hombro quedóse reclinada
y un turbador perfume de tu cuerpo de amada
hizo que mi alma triste, como una flor, se abriera,
para que la llenase con su miel, primavera.

LA VOZ DE LA MAÑANA

Un día, al viejo Hesíodo, las musas danzadoras
le ofrecieron sus dones; en estas claras horas,

yo te ofrezco, poeta, esta musa rosada,
que mujer es a veces y a veces es un hada;
de su cuerpo divino brota la eterna vida,
despierta con el alma de la tierra florida,
bullirán en su boca los divinos poemas,
dejará en tus imágenes su tesoro de gemas,
te amará ardientemente como una ardiente esposa,
o será como Psiquis una gran mariposa.

EL POETA

Conozco ya ese beso, conozco esa caricia,
mas, cada día nacen, y una nueva delicia
en renovado beso su sacro amor me ofrece;
con su mirar la vida despierta o se adormece...

LA MUSA

¡Te corona de pronto la guirnalda gloriosa
de los hermosos años, juventud armoniosa!

III

ENTRE EL ALMA Y EL CIELO

Suena el viento en los árboles de la floresta oscura,
y cuando calla el viento, se oye el mar que murmura;
es mi ventana el límite del mundo indefinido;
aquí el sueño de un día, lo amado y lo vivido;
la lámpara que alumbra las páginas que leo;
los libros de cuya alma siento el leve aleteo;
la página que escribo lentamente, y medito;
afuera, el portentoso callar de lo infinito...
La Cruz del Sur que asciende, y la nevada vía,
y el enjambre de mundos que nacerán un día
en el seno remoto de oscuras nebulosas,
playas desconocidas, regiones misteriosas
que abren su mar de mundos donde jamás sabremos,
lo que apenas soñamos, lo que nunca veremos...
Ser el centro del mundo que imagino; pausado,
ya gira el universo a mi sér enlazado;
los infinitos ejes de la infinita esfera
se cruzan en mi alma que es una cabellera
de mundos que no acaba; del Oriente a Occidente,
de Sur a Norte, desde el Cenit al Nadir,
la danza diamantina me lleva mansamente,
en un eterno viaje, no sé a qué porvenir...
De pronto se rebela mi sér, como el sonido
de las aguas que encrespa el huracán, ardido
mi sér de anhelos, grita con voz incontenida:

Universo, Universo, soy un alma dormida
en las oscuras redes del abismo estelar,
sé que nunca, ay, que nunca me podré despertar,
sin embargo, soy alma, sé pensar, sé llorar.
¿Por qué no has de decirme lo que quiero saber,
y por qué el alma tuya un cristal no ha de ser,
adonde, al asomarse la vida que en mi mano
alienta, te conozca, y miremos tu oceano
negro, tu alcázar de oro, donde la vieja esposa
del tiempo es siempre joven y reina en toda cosa?
¡La Venus del abismo! La Venus prodigiosa
cuyo beso sagrado nos da la eterna vida.
Mi alma quiere estar, Universo, a ti unida,
con el alma de todos los hombres y los seres,
porque tú nunca naces, porque tú nunca mueres.

Es mi ventana el límite del mundo indefinido;
hojeando volúmenes, gozoso y distraído,
me parece más bella la vida. ¡Cómo adoro
este Ovidio, este Hesíodo vulgar; y qué tesoro
es tener estas cimas: Homero, Shakespeare, Dante,
Hugo... y estas inmensas almas como un diamante
que iluminan la selva de la sabiduría!
Ayer viví en Atenas, hoy en Alejandría
supe de extrañas ciencias... Columnas del pasado,
templo de mil columnas, pensamiento sagrado,
el Universo ignora nuestro esfuerzo fecundo,
no se escuchará un día sobre el inmenso mundo
el clarín del Arcángel; vivamos nuestra hora,
críemos el espíritu con sed indagadora,
que un día nuestra mente llenará el Universo
y tanto valdrá un mundo como el alma de un verso.

La lámpara ilumina la página que escribo,
del verano el aliento perfumado recibo;
suena el viento en los árboles de la floresta oscura
y cuando el viento calla se oye el mar que murmura.

IV

VENUS ARDE EN LA NEGRA CIMA

Venus arde en la negra cima de la montaña,
entre las rotas nubes la luna huye veloz,
el silencio en la paz nocturna me acompaña,
mi alma se encuentra como en presencia de Dios.

¿Has sentido el silencio de la noche, el profundo
silencio de la noche, la intensa soledad,
cuando una rama tiembla y se estremece el mundo,
cual si ya nos durmiéramos en fría eternidad?

Estar solo, estar solo en la noche, apartado
de todo pensamiento de humana turbación,
de toda cosa efímera, de todo bien amado,
sentir que late el mundo en nuestro corazón.

Sentir que somos otros, que no somos; la vida
se desvanece en una sobrehumana quietud,
y se queda en el sueño de las cosas dormida,
se evapora en la música de invisible laúd...

¡Para qué la miseria de nuestras luchas diarias,
si esta piedra musgosa me ofrece un cabezal,
si entre nubes y luna, estrellas solitarias
nos dan su clara fuente de agua pura, eternal?

V

LA MISTERIOSA VOZ

...La misteriosa voz
que nos llega del mar,
del callado encinar,
de lo eterno, de Dios.

Concreción infinita
del universo vivo,
de pronto, sin motivo,
nos estremece, grita.

Celeste concreción
que en la vida despierta
la eternidad, abierta
cual hondo corazón.

Voz que viene del mar,
del tenebroso olvido,
de todo lo que ha sido
y lo que ha de pasar...

La voz que nos derriba
de la ilusión que amamos,
y pone en donde vamos
el misterio de Arriba.

Oh, no ser, no poder,
más allá, Señor, ir;
morir, morir, morir;
no ser, no ser, no ser...

VI

COMO UN DIOS TU SERAS

Para dormir tendremos el tiempo indefinido;
la vida es solo una hora radiante, clara, pura;
emerge del olvido y acaba en el olvido
y extingue su luz leve la eternidad oscura.

De la obra de los hombres, nada queda; la suerte
del más vil y el más noble en lo eterno es igual,
no hay torre que resista los vientos de la muerte,
no hay estrella que pueda decir: soy inmortal.

Sólo el Dios inmutable que regula las cosas,
la eternidad preside ¿sin placer ni dolor?
Ay, nosotros amamos las fugitivas cosas
y en nuestra vida breve es más breve el amor.

Para dormir tendremos tanto tiempo, Dios mío;
para no ser, cual antes no fuimos; así el hoy
es cual en blando cáliz la gota de rocío,
tan sólo puede el labio decir ahora: soy.

Hombre, tú eres el dueño de ese "soy" sin ribera,
mientras puedas decirlo como un Dios tú serás;
dí: el dolor ya no existe, la vida es primavera,
pero esta primavera no tornará jamás.

VII

EN LA NOCHE

En la montaña Véspero se enciende. Silenciosa
la tarde, es una música íntima. Nido y fuente
dan su arrullo a la ráfaga, a hierbas olorosa.
La vida se penetra de la calma creciente;
y el poeta que sabe el lenguaje escondido
de la tarde, va solo; lo impele un manso viento;
y llénase la hora de dulzura y olvido
con la tristeza trágica de un hondo pensamiento.

EL POETA

He surgido inundado de sombra y claridades
desde la red inmensa de las viejas edades;
el ritmo de los mundos palpita en mis entrañas
con savia de las selvas y soplo de montañas;
he vivido un instante la vida de la tierra,
el enigma supremo que el universo encierra;
participé la gloria de sobrehumana suerte
y sé ya las venturas de la vida y la muerte.
¡Descensión inefable al seno de las cosas,
penetrar como el agua, florecer cual las rosas,
sentir que hay un latido de corazón despierto
en las inmensidades, que dice: Yo no he muerto!
—¿Quiénes somos nosotros? ¿Qué seremos mañana?

El agua susurrante que de las rocas mana
le dirá sus secretos a tu alma entristecida.
Bebe a sorbos la fresca emanación de vida
de la montaña; escucha del espacio el mensaje
que llega de los cielos al dormido boscaje.
—¿Quiénes somos nosotros? ¿Ceniza y humo y nada?
¿Y este sentido lleno de una intuición sagrada,
que flota en las alturas y a la tierra desciende?
¿Y ese algo de nosotros que la vida desprende
para llenar de músicas la ilusión del sendero?
¿Y la sombra de Cristo suspensa en el madero?
¿Y la palabra augusta que en llamas resplandece,
y el fulgor que se oculta y luego reaparece
que vió Juan en sus sueños y en su estrofa el poeta,
cuando midió el abismo como el águila quieta
en el azul espacio, desde donde se alcanza
todo lo que es materia y vida y esperanza?
Sí, desde las enormes lejanías, llameantes,
veo venir anuncios de los días radiantes;
siento temblar la tierra como el seno gozoso
en el salmo de dicha del Cantar del Esposo.

*
* *

La luna va surgiendo de la cima azulada
que la noche ennegrece; y en el valle, callada,
rueda la melodía del crepúsculo vago
con un rumor de sedas y de amoroso halago.
La luna va surgiendo, y el árbol se estremece,
canta un ave a deshora y de pudor parece
que se agitara el alma de la naturaleza,
que se transfigurase la campestre belleza
en la que todo vibra con oculto cordaje.
Ya la sombra del álamo atraviesa el paisaje...
La luna va surgiendo... Y de un salto, al instante,

queda blanca y redonda del espacio delante.
Y parece que el mundo a otra vida despierta,
las aguas palidecen y de la flor abierta
se va en alma el aroma a flotar en el viento.

EL POETA

La luna me ha llenado de paz el pensamiento
El vegetal es bueno y la piedra es más buena;
del animal los ojos muestran alma serena.
Ven a escuchar las voces de susurros intensos
de estas cosas pequeñas de espíritus inmensos.
Ven, bajo de la luna, al arbusto, a la roca,
pon en ellos oídos y corazón y boca;
escucha estas palabras interiores del mundo
para tornarte grande, bondadoso y profundo.
Mira todas las cosas de la sagrada tierra;
la maldad en tu pecho solamente se encierra,
hombre; sólo en tí, monstruo, gigante, Prometeo,
que pones las borrascas de corcel al deseo,
que vas abriendo fosas en reinos de la vida;
tú que llevas la ciencia de los mundos dormida,
en tu sér tempestuoso, medroso, nebuloso,
panal de rubias mieles en el pecho de un oso.
Sólo el hombre es cobarde y es maligno y perverso
en el alma sublime del viviente Universo.
Satán cayendo al fondo del abismo y el Dante
camino del Infierno, al Cielo alucinante,
se miran frente a frente y el espacio los mira:
en los dos hay exacta y pavorosa ira,
y los dos han perdido la llave de la gloria.
Si supieras los mundos que oculta tu memoria,
las regiones oscuras a tu espíritu atento,
las mansiones sagradas de tu gran pensamiento
que nunca hombre mezquino, que nunca explorarás:
es tan grande tu Reino que no verás jamás,

los límites rosados de su risueño oriente,
los límites bermejos del brumoso poniente.
Ven a mirar el agua que a la luna retrata,
a escuchar de las ondas la nocturna sonata;
ven a desvanecerte en su fresco remanso;
desnúdate el espíritu y dale ese descanso.
Desnúdate el espíritu, báñalo en agua pura,
tórnalo fresco y suave de ingénita blancura.

*
* *

De pronto cae una hoja del árbol a la fuente
y flotan grandes círculos que turban la corriente:
estrellas, lunas, árboles, todo, en la loca danza,
muévese donde la onda con su temblor alcanza.
Y la hoja se dice: los astros, temblar hago;
y del agua el impulso la mece con su halago.
Esa hoja es como el hombre que va a hachear las encinas
de las ciencias humanas y las ciencias divinas,
y, envuelto en los temblores de su mente agitada,
sólo mira a su paso reinar la vieja Nada.
Un insecto ha caído en la hoja flotante,
una fugaz luciérnaga, a intervalos llameante,
que su fulgor buscaba en la onda retratado;
y al verse sobre la hoja de sombras rodeado,
medita tristemente: ¿A Dios qué le ha pasado?
Y con la selva, el monte y la fuente sonora,
lo que piensa el insecto el universo ignora.

EL POETA

El universo ignora el pensamiento humano.
¿A qué senda tortuosa nos guiará la mano
desconocida? El alma, musical soplo leve,
ondea como llama de duración muy breve;

el huracán de siglos ha de soplar sobre ella...
No deja ni un relámpago la muerte de una estrella.
Siniestra encrucijada de incógnitos caminos
do morirán por siempre los anhelos divinos
de esta carne mordida por duelos y pasiones,
por conquistas brutales y dulces religiones.
¿No has sentido en una hora temblar tu pensamiento,
como un árbol que inclina con sus rachas el viento,
al umbral de la muerte? ¿No desataste el nudo
de tu vida apacible para entrar en el mudo
secreto que custodian, impasibles guardianes,
la Muerte y el Silencio? ¿No te hablaron los manes
de los millones de hombres que se hundieron callados
en las enormes huesas de tiempos acabados?
¿No has medido tus actos con mi oscura balanza,
y has visto lo que pesan tu amor y tu esperanza?

LA VOZ DE LA NOCHE

Hombre, medita. El alma de la noche, suspensa,
es el múltiple espíritu de los mundos que piensa.
Alzate de las sordas ambiciones brutales
a vivir en la música de estas horas astrales;
olvidaste quien eres, huiste de tí mismo,
oh sombra pasajera que cruzas el abismo
desde el ayer ignoto al ignoto futuro.
El sublime zodíaco de un porvenir oscuro
en las inmensidades muestra sus cifras de oro;
de herencia originaria no guardaste el tesoro.
Mira los grandes astros que en mi seno fulguran,
que, eternamente móviles, por los siglos perduran;
recorre el Infinito con tu mirada incierta
y verás que una mano milagrosa y experta
trabaja en el fastuoso taller de lo infinito.
Tu negación no encierra más que el aire del grito
que se disuelve en ondas fugitivas; tu paso,

en el mundo es tan solo del soñoliento ocaso
una mancha purpúrea que muere diariamente.
Eres sólo una forma de la esencia viviente.
La humanidad es círculo que se habrá de cerrar
en un trágico vórtice como de agua de mar.
Por los cuatro costados te cerca la ignorancia,
y, blasfemo, maldices en la vida tu estancia,
y golpeas los muros de tu existir que tiene
cual sagrada semilla su embrión de lo que viene...

EL POETA

¡Misterio de las cosas! Después de un viaje largo
por el mundo doliente y engañoso, me encuentro,
esta noche de luna y pensamiento amargo,
con el ángel caído que vive aún adentro
del corazón. La gloria del ayer resucita
con su augusta tristeza de ser honda y sagrada,
de ser inútil para la turba ruin que grita
y gobierna en el mundo y es sólo cieno y nada.
Poeta, de tus aras se alejan los creyentes;
feliz encaje suave de seda es hoy el verso,
ya no es el fuego bíblico que guiara a las gentes,
ni trae el misterioso latir del universo.
Vamos envejeciendo poco a poco, olvidados.
El ánfora del tiempo derrama sus arenas,
y en medio de la lucha de los días, cansados,
caemos en el dédalo de las vulgares penas.
Vemos guerras y muertes, rencores y acechanzas,
olvidando el destino de altos hechos humanos;
claudicar para siempre antiguas esperanzas
y pálidas y débiles las varoniles manos.
La muerte es el remanso de la eterna ventura
cuando se llega a ella sin sentir amargura,
como si fuera madre que sonríe y que mima,
como si fuera el cielo que circunda una cima.

Quien mueva grandes alas, quien resista su fuego,
podrá gozar el éxtasis de universal sosiego,
podrá ver el milagro de su alma desnuda
como Cristo la viera y cual la miró Budha.
El Universo es órgano de inmensas armonías
que inundan los espacios sin noches y sin días.
En el tiempo trabajan las fuerzas creadoras
que alzarán del abismo las futuras auroras,
los mundos, cual enjambre primaveral de abejas
que cuelgan sus racimos de las encinas viejas
que sienten en una hora reverdecer sus ramas.
El fuego universal en nosotros da llamas
que son vastas ideas, ternuras, religiones.
Ante tus pies se extienden las ocultas regiones
que niegas, hombre vano, que has tenido la gloria
de vivir un momento la pavorosa historia.
Da tu canto a la vida con la hoja y el capullo
y el animal y el cielo y el inefable arrullo
que dice de esas cosas sin lenguaje sabido
que pasan susurrando su amor en nuestro oído.



La noche guarda tanta belleza incomprensible,
y torna, a nuestros ojos, visible lo invisible;
del Septentrión sombrío al Austral Hemisferio
se erige, en alta bóveda, santuario del misterio.
Nos da los mil rumores del bosque y la llanura
y del agua que corre la indecible dulzura,
y se corona de astros que en el eterno coro
de los mundos entonan su armonía de oro,
que tiemblan de los mares en las blancas espumas,
y sueñan en los arcos que se labran las brumas;
los astros, huracanes llameantes, colosos
de la gran carrera trágica a orientes misteriosos...

Noche, sé que mi voz no dura ni un momento;
que en tu paz rumorosa muere mi pensamiento;
que el pájaro que esconden los ramajes, siquiera
puede encantar un día toda la primavera;
y yo por cantar lloro y no acierto a saber
el camino en tus selvas y lo que debo hacer.
Mas, el amor que agita mi sér intensamente
me hace dormir gozoso en tu seno potente
confiado en tu suprema y astral sabiduría.



Del agua, del insecto, se eleva la armonía.
La luna baña el bosque y el valle, el campanario;
y en la luz mortecina del estival lunario
el sueño de la tierra, suave, de paz henchido,
ofrece a nuestras almas su remanso de olvido.

VIII

NUESTRA VIDA LEVE

Habrán rodado un tiempo los años en millones
desde que el gran silencio cerró nuestra mirada,
y se habrán acabado artes y religiones
en el inmenso abismo de la vida pasada.

Vivimos lo futuro de Egipto, Grecia, Italia,
del Oriente enigmático de antigüedad oscura,
y en estas mismas piedras posará su sandalia
el doliente filósofo de una época futura.

Por eso ya este espíritu que se cansó en su vuelo,
más allá de los siglos que vendrán, consolado,
ama la luz del día, la selva, el mar, el cielo,
y la acción de los hombres y el arte ilimitado.

Por eso yo me digo: capullo leve y breve,
el universo dióme este leve capullo,
y en él la dulce vida ya contentarse debe
escuchando del tiempo el oceánico arrullo.

Vivamos en el nido apacible y pequeño,
los abismos voraces acechan nuestro nido,
su azul almohada ofrécenos el armonioso ensueño
y el amor de la vida su corazón florido.

Quién sabe lo que ordena la terrible armonía,
quién sabe en el instante que nuestra vida importa,
si podrá ver mañana la luz del nuevo día
o si en este segundo nuestra vida se corta...

Por eso yo me digo: no más, eterno arcano,
se atreva a descifrarte mi equívoco alfabeto,
y puertas misteriosas no empujará mi mano
si me ofrece la vida con su miel su secreto.

IX

OYE LO QUE ME DIJO LA ESTRELLA

Oye lo que me dijo la estrella de la tarde:
—Tú miras, taciturno, el horizonte, en que arde,
entre las sombras lívidas, mi claro resplandor;
estás solo y preguntas lo que no se responde;
y en tu dolor ansioso, me interrogas adonde,
—en qué ciencia ignorada o en imprevisto oriente—
encontrarán refugio tu duda y tu dolor.

—Tan sólo eso yo anhelo, estrella del poniente.

Me habló la estrella luego, al tornar con la aurora:
—El Universo múltiple en tu alma se atesora,
y enciende en tus sentidos su rauda juventud;
como una esposa joven te sonríe la vida,
en tu espíritu surge la esperanza encendida,
canta el mundo a tu oído, cual si fuera un laúd.

—Estrella estás en mi alma y en la aurora florida.

Escucha lo que dijóme en una noche oscura
la Tierra, nuestra madre y nuestra sepultura:
—Yo guardo el vasto enigma que una hora alcanzarás;
si comparto contigo la tristeza sombría,

te envuelvo en primaveras, te doy mi melodía,
y mi seno te ofrece su silencio y su paz.

—Yo creo en tus palabras, excelsa madre mía.

Flotaba la grandeza solemne del ocaso;
la eternidad profunda a mi efímero paso
de los astros le abría, el imperio inmortal;
y un vértigo de abismo lanzó mi pensamiento
en las deshechas ondas de ese océano violento
que en ciegas marejadas sigue el ritmo fatal.

Mas al tornar mi vuelo, desde la azul esfera,
me dió su áspero aliento la marina ribera,
y supe de las cosas el raudo renacer;
del mar al astro mi alma se impregnó de armonía,
y comprendí en el gozo de la eterna alegría
que no es la muerte el límite de la dicha de ser.

Fué una noche de octubre. Meditaba y leía;
la luna entre los árboles su fulgor esparcía,
cuando oí de mis muertos una inefable voz.
(Siglo XX, perdóname). El espacio infinito
la oyó; y el Universo me devolvió ese grito...
(La Nada. El Todo. Cosas que no se nombran. Dios).

La hierbas florecientes, el árbol, el planeta
o el astro, el hombre, el mundo, la extraña vida inquieta
con sus redes gloriosas... El ignorado ayer...
Nuestro átomo que flota en vastos cataclismos,
la sucesión eterna de abismos y de abismos,
las causas pavorosas que no hemos de saber...

Sobre la flor azul trémula mariposa;
en el espacio negro, la lumbre misteriosa
de los eternos mundos. ¡Belleza de vivir!

Ruiseñor, yo te escucho; te adoro, abierta rosa;
es mina de diamantes la blanca luz del día
que enciende en nuestras almas la fuerza y la armonía,
en la mañana plena de rosa y de zafir.

Oye lo que me dijo la nube pasajera:
—Trino de ruiseñores es hoy tu primavera;
ama tu primavera y escucha al ruiseñor;
mares, bosques, montañas, te ofrecen su hermosura;
el labio que te besa te envuelve de ternura,
te llevan de la mano la audacia y el amor.

En tus palabras creo, oh glacial nube pura.

Y el monte, en cuya cima la eternidad reposa,
le dijo a mi alma triste su palabra angustiosa:
—Abismo es el pasado y abismo el porvenir,
tu cabeza se erige como cumbre nevada,
si vienes de las sombras y vas hacia la nada,
para tí es tan inútil vivir como morir.

—Monte, la vida ofréceme su grandeza sagrada.

La noche con su calma me lleva de la mano,
por los suaves senderos, a su país arcano,
y se arraiga en el mundo mi vasta soledad;
y en el viento marino que los ramajes bate,
oigo la enorme diástole de un corazón que late,
y un murmurio me llega desde la inmensidad.

X

PSIQUIS

La hija más hermosa del rey, que sonreía
con los ojos velados, era Psiquis. Tenía
tal gracia su silencio y secreta dulzura
su faz, que el más osado, al mirar su hermosura,
ni a pedir atrevíase tan deslumbrante esposa;
si Psiquis no era Venus, era casi una diosa.
Junto al divino Océano, en la crujiente arena,
escuchaba en las tardes la voz de la sirena
o el murmullo de la ola; de los astros el giro
solemnizaba el vago dolor de su suspiro;
el perfumado lecho de las alegres bodas,
conociéronlo un día ya sus hermanas todas;
y Psiquis, solitaria, cantaba en la ribera
y sentía en sus labios brotar la primavera;
en las noches de luna las ráfagas marinas
al batir sus ropajes, con sus formas divinas
presentaban de Psiquis la juventud sonriente;
flotaban los cabellos sobre la blanca frente;
el astro que reflejan las olas le decía
el lenguaje escondido de celeste armonía;
y al tornar al palacio con la noche dorada,
sentíase de Céfiro voluble acariciada,
y un estremecimiento de invisibles sonrojos
le turbaba su paso, le cerraba los ojos...

*
* *

Cerca de los jardines que en las tardes serenas
—mansión de las Hespérides—se vislumbran apenas;
el más grande de todos los poetas vivía
de las musas gozosas en suave compañía.
Era joven y bello; y en la noche callada,
al través del Océano, llegábale la alada
canción a Psiquis. Dulce canción, cual la de Orfeo,
parecía impregnada del tenue centelleo
de los astros. Y Psiquis, con Céfiro, llorosa,
le enviaba los susurros de su alma melodiosa.

PSIQUIS

Me llega en el silencio de la tarde olorosa
tu voz, tan suavemente, que mi alma medrosa,
asciende en la armonía de tu canción alada
y flota en el misterio de la noche estrellada;
solamente en mi oído tu palabra resuena,
y yo me desvanezco divinamente buena
en tu alma infinita. Tu amor extraño, adoro;
si canta el universo yo soy el gran tesoro
que sintetiza el mundo. Mi amor al mundo encierra;
yo soy la flor que surge del alma de la tierra.
Cuando la luna nace del sombrío Oceano
y se alargan las sombras del ramaje, mi mano
siente tu mano tímida y fiel que me acompaña,
y una flauta escuchamos gemir en la montaña.
Mis claros ojos buscan tu imagen ignorada,
sin conocerte lleva tu imagen mi mirada...
En las noches de estío la luna en mi aposento
duerme; y oir presumo que me hablas en el viento
que estremece los mirtos. El ruiseñor no ignora
el desvelo lloroso de mi alma que te adora.

EL POETA

No sé de que ribera de encanto y de ilusión
surge la voz divina que me habla. El corazón
como un pájaro ciego se agita torpemente...

PSIQUIS

Hay un lazo de amor de tu frente a mi frente.

EL POETA

Las estrellas sublimes fueron mis adoradas;
desconozco en la tierra la voz de las amadas;
acaso tu suspiro me llega de la altura,
acaso entre los dioses habita tu hermosura.
Todos los ruiseñores hoy cantan a mi lado;
tu voz desconocida mi amor ha encadenado.

PSIQUIS

Soy un eco de tu alma, soy tu alma armoniosa,
en tu mansión sagrada yo sería tu esposa;
y en la lira de oro la vibración sería;
cuando te sientes grande yo te hago compañía.

EL POETA

Psiquis, me dice Céfiro tu nombre y tu belleza;
y en un temblor de alas se eleva mi cabeza;
el amor me da alientos para cantarte, oh pura
Psiquis, divina Psiquis; tu extrahumana ternura
hace que mi alma arraigue en el seno potente
del mundo y que corone el Urano mi frente.
El misterioso origen de la progenie humana,

el recóndito espíritu de fuerza soberana
que dirige los orbes, las tardes religiosas
y las noches; los dioses, las inefables cosas
que hablan en su lenguaje secreto, y la secreta
divinidad de todo, ay, me hicieron poeta.
Faltábame la calma de tus ojos divinos
y tu mano solícita en oscuros caminos.

PSIQUIS

En las ásperas costas y en las selvas sagradas
podremos vagar juntos, las manos enlazadas;
mas, entre los dos abre el gran río Oceano,
el turbulento abismo; estás de mí, lejano;
no hay barca que me lleve si no es mi fiel deseo
a tu mansión do espérame el florido Himeneo;
ni hay bajel que te traiga; el padre que me adora
quiere para mí un príncipe que excelso nombre dora;
y ya me anunció Apolo unión que es una infamia;
más triste es mi destino que el fatal de Hipodamia.



La tarde se disuelve en la luz de la luna;
y mientras los amantes de su mala fortuna
se duelen, el espacio se llena de esa vaga
música del crepúsculo que consuela y embriaga.
Quizá por los boscajes huye un centauro rudo;
y el pastor se detiene en la montaña, mudo
del terror misterioso de haber visto a Artemisa.
Cruza un Amor alado que se extravió en la brisa.
Psiquis llora; el mar suena mansamente; una extraña
voz de oráculo díjole al padre que a montaña
fragosa lleve a Psiquis a encontrar al esposo

desconocido: un monstruo salvaje y espantoso,
que el destino resérvale como al sér más plebeyo...
(Lo demás tú lo sabes, lector, por Apuleyo,
quién te contó sonriendo la fábula divina).
Siente Psiquis que un Sueño profundo la domina;
y sus ojos henchidos de lágrimas de amores
se cierran; Psiquis duerme; cantan los ruiseñores;
y su cuerpo en la arena dulcemente tendido
dijérase de un halo de estrellas encendido.
Ya la luna va a hundirse en el mar de occidente,
y el lucero del alba se levanta en oriente,
Psiquis despierta y entre la azul y leve bruma
se mira con dos alas de nieve, pluma, espuma.

EL POETA

Psiquis, la alondra trina; ya se apaga la estrella;
y yo te sueño, triste; incomparable, bella
como la misma Venus, aun eres más hermosa,
pues más divina es tu alma que el alma de la diosa.

PSIQUIS

Dos alas me han nacido...

EL POETA

Para el amor que acerca.

PSIQUIS

Dos alas me han nacido...

EL POETA

Ya estás de mí más cerca.

PSIQUIS

Dos alas me han nacido mas no puedo volar,
tengo miedo a los vientos, tengo miedo a la mar...

EL POETA

Si tú no vienes, Psiquis, me lanzaré al Oceano,
a pedirle a la muerte consuelo más humano.

PSIQUIS

Ya he volado y te he visto y he tornado de nuevo;
entregarme a tus brazos de amor yo no me atrevo...

EL POETA

Ven Psiquis como viene tu palabra...

PSIQUIS

No puedo.
Un Amor me ha vendado los ojos; me da miedo.



Y diciendo, no voy, Psiquis fué a la ribera
do el amor floreciente del amador la espera.



La mañana de estío resplandece. En morada
de mármol y de oro, de mirtos rodeada,

habita el gran poeta que con ritmo ignorado
arranca de su espíritu el secreto sagrado.
¿Por qué se abren de pronto las flores en la fronda?
¿Por qué seres marinos surgen, cantan en la onda?
¿Por qué la luz del día como nunca fulgura?
Psiquis se acerca... Brilla en su sér la hermosura.
Como una lira suena la tierra cuando pisa,
y se esparce en el aire, de Psiquis la sonrisa.
Como de pronto suena no tocado instrumento,
en selva, mar y espacios se alza divino acento.
Psiquis viene. El poeta, de la belleza henchido
de Psiquis, tiembla. El mundo se calla adormecido.
Y al tenderse los brazos los dos enamorados,
y al sentirse de súbito por la dicha colmados,
en onda de perfumes, de luz y de armonía
se desvanece Psiquis en el azul del día.

XI

SAFO

En la noche amorosa fué Safo a la ribera,
herida por la angustia su alma de ruiseñor,
la juventud sagrada de su espíritu era,
como el vecino océano, ya silencio o clamor.

En las riberas húmedas o en la escarpada roca
su tembloroso paso parecía esperar
voces que respondieran, al grito de su boca,
entre el estruendo múltiple del espumoso mar.

Flotantes los cabellos, un divino deseo
ardía en las entrañas de su virgíneo sér;
vagaba en sus oídos un cántico de Alceo
y su alma de poeta era alma de mujer.

Apenas las deidades marinas la verdosa
transparencia del agua turbaban al pasar;
y se oía en la calma la música medrosa
de un algo que venía, venía, sin llegar.

La luna hirvió en las olas de la áspera ribera,
surgía en los confines enorme su fulgor,
apagó las estrellas de oro de la esfera,
fué un estremecimiento en el mar su blancor.

Y en la paz de la noche, cual perfumado aliento,
la voz de Safo, pudo, el océano oir;
como una lira inmensa su ignoto pensamiento
surgía de las cosas, llegaba al porvenir.

En un sueño las musas con la yedra sagrada
le ofrecieron la gloria de su genio inmortal;
se sentía de un mundo de ilusiones colmada
y presentía el dardo de un gran dolor fatal.

Y llevada por vagos, imperiosos anhelos,
llenaba las riberas con su triste canción;
y rasgada la túnica de vaporosos velos,
de amor, de angustia y muerte clamaba el corazón.

Y brisa, mar y tierra la envolvían en una
voluptuosa gracia de ardiente juventud;
y su carnal deseo a la luz de la luna
se tornaba inefable como un són de laúd.

Entonces de las costas de Lesbos se alzó un grito,
era la voz de Orfeo y del mundo la voz;
y se llenó de música el silencio infinito
como si únicamente Orfeo fuera el Dios.

Entre la flor de espumas su cabeza divina
cantaba su misterio de dolor y bondad;
hacíanle los astros diadema diamantina
y del alma del mundo fluía eternidad.

Y Safo sintió su alma que se iba con el canto,
que el canto era ella misma que se puso a llorar;
y al apagarse el verso de agonía y encanto,
latió de nuevo el ritmo del corazón del mar.

*
* *

Después de tantos siglos esa inquietud llorosa
revive en cada vaga primavera de amor,
y cruza Safo, triste, con su alma tumultuosa,
a lejanas riberas do canta un ruiseñor.

Después de nuevos siglos esta dulce amargura
ha de ir a nuevos seres consuelo y llanto a dar:
a todos los que sueñan la imposible ventura
que esperamos, ay, tristes, y que no ha de llegar.

XII

LA SECRETA ANGUSTIA

Una siringa rústica de un pastor sollozante,
suena en el bosque inmenso; se colora el levante,
y emerge una isla de oro sobre el mar; los murmullos
de la selva y océano se unen a los arrullos
de la música triste; y la eterna alegría
del mundo, flota unánime con el albor del día.

*
* *

Dice el pastor que llora las infinitas penas:
—En los alegres días oí voz de sirenas.
Yo perseguí las ninfas en el boscaje oscuro,
besé labios sensuales y besé el labio puro
de temblorosa virgen. En mi bosque de pinos
me ofrecieron las Horas sus mil dones divinos.
Mi juventud se amaba; la verde primavera
dió a mi musa lasciva virginal compañera.
Amé la vida inmensa, la vida poderosa,
el gran mar que se agita y el monte que reposa.
Y en sosegada tarde de un cerúleo día
escuché en las riberas ondeante armonía;
vi torsos de mujeres en el agua espumosa,
las cabelleras áureas flotar en el mar rosa;

las sirenas tendíanme los brazos tentadores,
y mi cuerpo llenábase de amorosos ardores;
mas, yo, inmóvil, mudo, como quien no oye nada
ví hundirse las sirenas en la onda salada.
Se hizo blanco el crepúsculo. El mar enfurecido
se rompía en el vórtice o en el peñasco erguido.
Y entre la húmeda arena vi amarillento cráneo
que lustraron las aguas. Un terror subitáneo
heló mi sangre; el cráneo con los ojos abiertos,
lo que es la vida díjome y lo que son los muertos.
Silbó el viento en mi oído con insólito espanto
y entonces supe, Muerte, que acobardases tanto.
Mi corazón temblaba y el mar, siniestro, airado,
como un lívido monstruo sonaba desgarrado.
Miré el cielo radiante y era un cielo sombrío
en el que ardían pálidas estrellas del estío;
la selva misteriosa me dió pavor y penas.
Entonces nuevamente cantaron las sirenas.

*
* *

Amanece. Un aroma de bosques se derrama,
se envuelve en flores blancas la húmeda y verde rama.
Desde el añoso tronco de venerable encina,
surge, con el encanto de la hora matutina,
suave mujer que acércase al pastor lastimero;
su cuerpo perfumado palpita y arde entero;
y lujuriosa, etérea, la virgen amorosa
lo envuelve en la fragancia que de su sér rebosa.

DICE:

Jacinto, rosa, mirto, mi alma es un perfume;
mi sér en su fragancia como flor se consume.
Lo que toca perfuma con su aroma mi mano;

mi boca cuando besa tiene un perfume arcano;
de edénicas fragancias se impregna mi hermosura;
yo traigo a tu morada la imprevista ventura.

EL PASTOR

Sentí en mis brazos fuertes temblar la virgen bella
semejante a la aurora o a una pálida estrella,
pero tú eres hermosa, como ninguna hermosa,
en los edenes áureos tú serías mi esposa.

*
* *

Sublime y suave musa, la angélica Armonía
se acerca; el himno vuela; íntima melodía
con rumores de ensueños y almas surge en su boca.
Hay músicas divinas donde su mano toca.

DICE:

—Yo te besé en la selva fantástica y sonora,
tú cantabas; la tarde con su paz turbadora
penetraba en lo íntimo de tu ser doloroso,
y era una urna sagrada tu espiritual reposo.
La tarde se llenaba de luna; tu existencia
era un acorde inmenso de amor, de adolescencia;
yo te besé en la frente y tu cabeza erguida,
con un temblor de alas alzóse estremecida,
y sentiste el anhelo de un amor imposible
porque yo era invisible, porque yo era inasible.

EL PASTOR

—Misterio de las cosas, tristeza de las cosas,
en la paz de la noche las selvas silenciosas,

se llenan de la música suspirada y sublime
de un corazón inmenso que amor excelso gime.
Cuando la adolescencia—fugaz, íntima y bella—
dióle a mi alma su arrullo, yo te amé con la estrella
y la paz de la luna de las noches calladas,
mis canciones más hondas te fueron consagradas.

*
* *

Con el claro de lumbre que vierte la mañana
en los verdes boscajes, adquiere forma humana
la sensual virgen núbil que turba y enamora
con el beso de mieles del amor de una hora.

DICE:

—Yo te ofrezco, hombre triste, mi noche de ambrosía,
es ánfora dulcísima la loca boca mía;
es néctar delicioso mi núbil hermosura;
en mis amores vierte la vida su ventura.

EL PASTOR

He probado los zumos de los frutos divinos;
he amado a las ninfas en selvosos caminos,
y en un lecho de musgos, la noche de ambrosía
le dió un placer de dioses a la triste alma mía...

*
* *

De sedas, terciopelos y suavidad de raso,
eres, hermosa diosa, que con callado paso

te acercas. La mirada que te acaricia siente
rodar el vasto azul en tu serena frente.

DICES:

Mi cuerpo es fría nieve con su tez ruborosa;
cuando el amor me besa soy hoguera ardorosa;
la tenuidad del blando capullo, de la pluma
de los cisnes, es mía; soy tul y suave espuma.

EL PASTOR

Cuerpo de seda, manos de pétalos sedeños,
carne de lirio y flor de amorosos ensueños,
¿con mis ásperas manos podré tocar la pura
estatua de oro y mármol que anima tu hermosura?

*
* *

Cual ramo de azahares y guirnalda de rosas
la última amada llega. Un azul de oceano
muestran sus claros ojos de miradas gozosas.
Florecen azucenas en su cándida mano.

DICE:

La verde selva, el mar azul, la flor rosada,
el iris, las espumas, la riente alborada,
con el deslumbramiento de las piedras preciosas,
es mi amor que constela de fulgores las cosas.

EL PASTOR

Mis ojos fascinados ven en tí la blancura,
la rosada sonrisa, la cabellera oscura,

la juventud envuelta de vaporosos velos
y un azul luminoso de matinales cielos.

EL CORO DE LAS CINCO VISIONES

Somos cinco visiones, dulces, encantadoras,
que soñaron los cinco sentidos de tu sér;
tenemos el tesoro de las divinas horas,
y al fundirnos en una, formamos la mujer.

LA MUJER

Si tú viste sirenas en el mar, al ocaso,
y arrastras en la selva tu cauteloso paso,
en la red invisible de funesta ilusión:
la juventud te canta como alondra al oído
y yo dejo en tu boca mi beso enardecido;
que la inmensa alegría surja en tu corazón.

EL PASTOR

En mis sentidos arde tu amor como una llama;
de ayer mi pena trágica es hoy florida rama;
tu cuerpo delicioso me da su don sagrado
con la flor de la dicha que en tí el mundo ha colmado;
y después en la selva de una infinita calma,
te contemplo flotante como un tul y eres Alma.

UN ECO, EN LA SELVA

Quién ha visto sirenas en la tarde dormida
y sintió los aullidos de la muerte en la vida,
contémplese en el agua de este remanso quieto
y mirará tan sólo su inmóvil esqueleto.
Mujer que se corona de divina diadema,
que exprime de la vida la delicia suprema,

mírese en el espejo de este remanso inerte
y sentirá el abrazo helado de la muerte.

OTRO ECO

Que tu joven belleza bese, ame, dance, ría,
sólo vence a la muerte la inmortal alegría.

UN CORO DE JOVENES PASTORAS

Nacimos con la aurora: la espuma del torrente,
la espiga de los trigos, el agua de la fuente,
nos dieron su frescura, su gracia matinal:
coronadas de mirtos cruzamos la pradera
y sabemos que el beso del amor nos espera
como una abeja de oro en la miel del panal.



En el sol desvanécese la niebla blanca y fina;
y en el viento que trae resonancia marina
llega desde el misterio pavoroso latido
que con su voz extraña resuena en cada oído.

DICE:

Seres encantadores que sonreís una hora,
cual sobre el tallo erguido la flor que se colora,
en vuestros ojos ciegos se anidará el horror.
Reíd, reíd felices en la alegre mañana,
pues, el instante inmenso de la ventura humana,
penetra al universo en una onda de amor.

Danzad amables vírgenes de mirto coronadas,
besen los rojos labios, sonrían las miradas,
que el alma joven pueda, radiante, florecer.

Eros os hiere y ríe y vuestros ojos cierra;
sentid en blando aliento la dicha de la tierra,
pues, no seréis mañana ni volveréis a ser.

*
* *

El claro sol de estío la cabeza ilumina
del sátiro de piedra del viejo fontanar;
desde el azul desciende la rauda golondrina
y un canto de sirenas trae el viento del mar.

XIII

MASCARAS

Canta secreta voz en nuestro oído;
el corazón del mundo nos habla, silencioso,
y se escucha un ruido
de alas en el reposo
de la noche serena. Corazón dolorido
del hombre, el mundo inmenso se derrama en tu oído,
y te hundes en las ondas de ese mar misterioso.

*
* *

Entre crespas espumas en la mañana de oro,
viste los blancos senos de la rubia sirena;
y sobre el mar sonoro
la clara Anadiomena
te dió de sus bellezas el sagrado tesoro.
Tú dijiste en la luz del bello día:
Alegría, alegría...

Y en la noche la espuma negra del mar hirviente
en los vórtices sordos, fué fantasma. Tu frente
se heló como la piedra del peñón tenebroso.

El chasquido de la ola en su traidor intento
palpitaba con un respirar angustioso;
y la muerte cernía sus alas en el viento.
Leves, trémulas, vivas, las estrellas ignotas
del misterioso abismo brillaban en el mar
cual las luces siniestras de fugitivas flotas...
Y frente el mar oscuro fué tu alma a llorar.

XIV

SUENA EL VIENTO EN LOS PINOS

Suena el viento en los pinos: la tarde, el cielo puro,
donde ya un astro brilla, dicen cosas de antaño,
y casi misteriosas tristezas del futuro,
de nuestra frágil vida, de nuestro dulce engaño.

En la mansión las rosas, el amor, el instante
tan leve y vaporoso que es flor de nuestra suerte;
afuera el mundo inmenso como un interrogante
que anticipa a las almas lo fatal y la muerte...

Por siglos y por siglos la misma estrella pura,
la azul tarde callada, los susurros del viento;
como una flor efímera será nuestra ternura,
como el rumor de frondas callará el pensamiento.

¡Oh capullo de seda, de amor, oh sonriente
boca y ojos azules, oh cabellera suave,
acariciantes manos en la divina frente,
venturosa hermosura que sólo dicha sabe!

¡Oh flor en cuyo cáliz da su aroma la vida,
y la inmortal belleza su gloria de un momento;
la juventud te embriaga y te deja dormida
mientras suena en los pinos el murmurio del viento!

Parece que del cielo cayera estelar nieve
y fuera en esta noche como una flor el alma,
y que de tu belleza tan infinita y leve
surgiera un ritmo eterno y una amorosa calma.

XV

TE LLENA EL UNIVERSO

Te llena el universo y te embriaga; en tu oído
suena la voz perenne de lo que es, lo que ha sido
y en los siglos será.
Amas el mundo y amas la vida multiforme
y en el azul nocturno de astros la selva enorme
que al huracán del tiempo deshecha caerá.

Desde la voz del niño, del ave, del torrente,
en círculo infinito, cada vez más potente,
su música sagrada te da la Creación;
desde la risa al llanto, desde el grito al arrullo,
en las cálidas ondas de inefable murmullo
habla al mundo tu corazón.

Cuando triste, en la noche, miras brillar la estrella,
y a la Vía inmutable, ay, comparas tu huella,
y tu minuto efímero al vivir eternal,
hay algo que en la tierra misteriosa te inspira,
escuchas que un murmurio brota de oculta lira
y hay en tu frente pálida un beso maternal.

Oh, ser hombre y llenarse de mundo, estar atento
a lo que se revela a nuestro pensamiento
y ser el corazón que ha de sentir;

ser en las primaveras una otra primavera,
en los mundos ignotos una armoniosa esfera
y decir lo que el verso sólo puede decir...

Ser hombre, un universo que lo infinito llena
y graba lo inmortal en la movible arena,
quien da forma a los dioses y sustancia a la duda,
y florece en ideas o en potentes acciones
y encuentra en el espacio sordas constelaciones
y ve con ojos ciegos la creación desnuda.

¿Qué pensará en la noche el perro que nos guarda,
el ciervo fugitivo que en boscaje aguarda,
el ave que a la lumbre de la luna despierta,
el toro en la llanura y el caballo que atento
se espanta de la brizna que se mueve en el viento?
¿Qué dirán cuando miran la inmensidad abierta?

Y al hombre que ya un día a las cosas se integra,
que en un pueblo en la gloria de sus dioses se alegra,
y en otros bajo el signo de sus dioses se espanta:
con los brazos en cruz o la lira en la mano,
se le hiela el espíritu de un pavor sobrehumano
frente al misterio mudo y a la vida que canta.

Y se mira en el vórtice del espantable abismo
y sabe que las épocas rodando irán lo mismo
sin que sus olas dejen ni una huella en el mar!
Y no obstante: ¡ser hombre! Y en la nocturna calma
elevarse en el círculo prodigioso del alma:
Pensar, Sentir, Amar...

XVI

CADA DIA NOS VAMOS

Cada día nos vamos, algo en nosotros muere
y algo nos llega desde un misterio infinito;
ay, mi alma en esta noche no sabe lo que quiere
y oye desde su fondo venir un vago grito.

Cual selva en el otoño nos quedamos sin hojas,
cual bosque en primavera nos cubren los capullos,
dice el tiempo al oído las terribles congojas,
dice el amor al alma sus callados arrullos.

Soy selva en el otoño, soy bosque en primavera:
vamos, alma, ¿qué quieres con llorar y cantar?
Ay, la verdad se oculta y callas; si pudiera
ocultarla ya siempre con cantar y llorar!

En los lánguidos días de ilusión o de pena,
nos engañamos, alma, con la dulce mentira;
y escuchamos la música que los espacios llena,
la misteriosa música de una invisible lira.

XVII

FATIGA LACERANTE

Fatiga lacerante. (¡Azul claro del día,
árbol con flores nuevas!). Mi mal es muy profundo...
(Impregna los espacios matinal armonía,
canta en aguas sonoras la juventud del mundo).

La eternidad su hoyo sombrío nos prepara,
la muerte está en el grano de polvo del camino;
no hemos visto la lumbre que el soñador soñara...
(Y no obstante... ¿Recuerdas?... ¡Oh tormento divino!).

Oh estrella de las noches en que el crimen acecha,
oh sándalo oloroso donde el reptil se anida,
árbol que amaste el alba y que serás la flecha,
eterna gota impura que envenenas la vida.

Como el agua que bebes quién pudiera ser bueno,
y cual Véspero de oro, quién pudiera ser guía;
tener la transparencia del suave azul sereno,
ser tu hermano que te ama y va en tu compañía.

XVIII

EL LLANTO EN LA NOCHE

Oh, llorar en la noche sin respuesta; gemido
que llevas de mi sér la espantable amargura,
el pavor silencioso del corazón dormido
en el misterio unánime de nuestra vida oscura.

Llorar, sin una mano de amoroso desvelo,
perdida para siempre la clara adolescencia;
el silencio en la tierra y el silencio en el cielo
y casi roto el hilo de la leve existencia.

Llorar una amargura que nos llega del fondo
del placer que ha pasado, de la ilusión que ha muerto,
la semilla de espantos que vive en lo más hondo,
cuando apenas la flor de los días se ha abierto.

Olvidarse de todo, ¡si hemos amado tanto!
Si grande fué el deseo, ¡no desear ya nada!
No pensar en la vida, ¡si aun perdura su encanto!
Y olvidarse de Aquella, ¡tanto tiempo esperada!

XIX

INDIFERENCIA

Me dije en la niñez, en luminosas
mañanas, cuando el sol límpido brilla,
para hacerme feliz se abren las rosas,
para que goce canta la avecilla.

Tú ignoras, luna de mis noches bellas,
que en mi dulce pasión de adolescente,
yo creí que eran mías las estrellas,
que por mi amor te alzabas del oriente.

Cielo azul, y mañana en luz bruñida,
susurro de arboledas, sol divino,
vosotros fuísteis para mí la vida
que me cantaba al borde del camino.

Aves, cigarras, viñas olorosas,
las aguas y olivares cenicientos,
eran la voz profunda de las cosas
que me hablaba en la lengua de los vientos.

Erame el mundo amigo; con mi duelo
lloraba la torcaz en los manzanos;
¡y qué radiante con mi dicha el cielo,
el sol surgía al levantar mis manos!

Todo me amaba; todo... Sólo ahora,
Naturaleza, sé que tú me olvidas,
que mi vida es el soplo de una hora
y que a ti no te importa de las vidas.

Sólo ahora comprendo que impasible
ignoras el dolor de nuestra frente,
que eres sólo inmortal madre insensible
en el vasto universo indiferente.

XX

CORRESPONDENCIA

Silencio de la noche profunda y sosegada,
en que nuestra alma es flor de la tierra inmortal,
y por siempre de toda inquietud desligada
la fortalece el soplo del alma universal.

¡Dormir sobre la hierba de la vasta llanura,
mientras trabaja el mundo con su infinita acción;
vivir del universo la sagrada hermosura
siendo de orbes y de astros un suave corazón!

Ayer hundí las redes en el abismo arcano,
ayer desde su orilla clamé con triste voz,
y un ramo de azucenas dió flores en mi mano
y serenó mi espíritu la inmensa paz de Dios.

Oh tierra, donde un día mi frente dolorosa
no supo la sagrada belleza de vivir,
hoy penetras mi mente que en tu calma reposa
y vamos a un idéntico y enorme porvenir.

XXI

TAN CLARA ESTA LA LUNA

Me siento desligado de mi sér; un extraño;
me admiro de la vida que en mí late, y de mí,
de las cosas que fueron ya mi dicha o mi daño;
esta vida que vivo, ya otra vez la viví...

¿No te asaltó un instante un terror subitáneo,
y te has dicho en qué mundo, en qué tiempo yo estoy;
y has sentido la noche agolparse a tu cráneo,
extraviado en la selva del ayer y del hoy?

¿Te has sentido habitante del universo oscuro,
has mirado la tierra rodar bajo tus pies,
y en el presentimiento trágico del futuro
llenaste con tu grito la sombra del Después?

Tan clara está la luna en esta noche leve,
tantas cosas soñadas nos parece decir
junto a las negras frondas florecidas de nieve,
que deshoja en mi alma su flor el porvenir.

Me siento desligado de mi sér; la tristeza
de un futuro inclemente ya no me da pavor;
y en la noche de luna reclino la cabeza
en añoranza suave de un vago y dulce amor.

XXII

OH ALMA MIA

Solitaria, inmutable,
como en callados éxtasis cautiva,
sientes arder en ti la brasa viva
de una hora interminable.

La misma fuiste que en antaño ignoto,
buscó en la estrella de la noche guía;
y en tu añorar perdura todavía
el eco vago de tu sér remoto...

El secreto sagrado
en ti se oculta, la perdida llave
se desgastó en el tiempo, nadie sabe
el no visto tesoro que has guardado.

En tu mansión de un día
viejas leyendas tu silencio evoca,
en idioma que olvida nuestra boca,
de lejana y recóndita armonía.

Cuando ardiste en la frente,
que el pensamiento inspira,
sonó en los siglos de la inmensa lira
el són intermitente,

Cuando guiaste el número, tu mano
hizo girar el estrellado cielo
en armonioso vuelo
con el latido humano.

Y Venus vencedora,
vencedora Atenea,
eres la multiforme y sacra Dea
que luz oculta con su rayo dora.

Solitaria, inmutable,
en promontorio donde el sér termina,
tu mirada nostálgica adivina
la verdad inefable.

XXIII

EN LA MONTAÑA

La tarde; y estoy lejos de las vertiginosas
ciudades; estoy lejos del Hoy vertiginoso;
de las alternativas angustiosas.
La montaña me ofrece su reposo.

Corazón, puedes ir
por las mil sendas que tu amor presiente,
pues, hoy es lo presente
y es lo pasado y es lo porvenir.

Instante que no acaba y al universo encierra,
que condensa la vida y te la ofrece
con la vida profunda de la tierra
y con el universo que en ti crece...

Estás libre; eres libre; ni ciencia, ni ignorancia;
como miran los árboles, así miras la vida,
te ves a la distancia
como si despertaras en tu alma estremecida.

Este es un mundo nuevo; tu voluntad es fuerte;
y surges de los días cual de maraña inerte
a emprender el camino no empezado;
la vida inmensa y múltiple se duplica en tu obra

y su amor sosegado
hace surgir la acción de tu zozobra.

Más tú te dices siempre: ¿Para qué ir más allá,
si hay límites eternos que cortan mi camino,
y en las rutas oscuras del destino,
nadie adelanta, nadie va?

Ayer, tú me dijiste, en la selva potente,
cuando abría la fé tus ilusiones,
mira esta hoja de hierba y esta rama florida,
este árbol que se eleva indiferente
de la oscura política de las constelaciones;
todos para sí existen; sólo hay en nuestra frente
el sombrío problema de la vida...
Todo es simple egoísmo,
en tanto que tu estrofa dolorida
se hunde como una red en el abismo...

Desciende a la morada de tu sér,
contémplate en el hombre que te mira,
y surja el porvenir desde el ayer
como el himno en la lira.

Hay leyes que legislan lo que ignoras,
hay secretos ocultos para la eternidad;
la rueca indiferente de las horas
teje en silencio seda de sueño e irrealidad...

XXIV

LA VOZ QUE PASA

Me cantaba en el oído
un verso extraño y oscuro;
no lo escribí, lo he perdido...
No volverá en lo futuro.

Ay, nos suenan al pasar
hondos versos de quién sabe
argonauta de qué mar,
de un Orfeo de qué nave.

La armonía que escuchó
el genio siracusano,
ay, si en ella absorta, no
supo apresarla la mano.

Así se va nuestro verso,
nada queda en nuestra rima;
y sin embargo, se arrima
y nos habla el universo.

XXV

POEMAS

El universo es un poema.
Y en la estrella, en el mar o el verso,
canta una voz del universo,
brilla un fulgor de su diadema.

Verso, yo te quiero escondido
cual los diamantes en la mina,
así de pronto me ilumina
tu resplandor desconocido.

En el silencio te medito,
penetro en tu seno profundo,
y me vas llenando de mundo,
me sumerges en lo infinito.

Con celeste virtud de verso
traéis meditación suprema,
universo, que eres poema,
poema, que eres universo.

XXVI

SERENIDAD

Profunda serenidad
la de la noche dormida,
siento infundirse en mi vida
una onda de eternidad.

Flota en el bosque el olor
de la flor recién abierta
y en mi espíritu despierta
la paz para mi dolor.

Porque sois astros lejanos
en esta noche fraternos,
y hay en mí zumos eternos
y el amor que une las manos.

Suave, divina frescura
del viento de selva y mar
que nos hace reposar
en una antigua ternura.

Pálida constelación
del abismo, perla y oro,
como un inmenso tesoro
brillas en mi corazón.

Y hay en ti, naturaleza,
una solícita almohada
donde doblar la cansada
y dolorida cabeza.

Donde poder reposar
y soñar y hacerse bueno,
vivir instante sereno
y luminoso, y amar.

XXVII

LA PAZ DEL MUNDO

La paz del mundo llena mi corazón. La tarde
entre sombríos bosques, serena, resplandece,
y en su azul, ya indeciso, con el véspero arde
la inextinta esperanza que en mi espíritu crece.

El ansia viva siento de abandonarme, oh tierra,
en las silvestres hirbas olorosas; anhelo,
surgir desde tu entraña que inmensa vida encierra
y tener en tu calma la eternidad del cielo.

Tiemblan perlas de lluvia en la dormida rama,
y vahos estivales de lluvia hay en el viento;
ardorosos perfumes en la tarde derrama
la selva; y de las aguas el cristal ceniciento

chispea con el brillo de los astros lejanos;
la inmensidad del mundo me absorbe lentamente,
y los espacios miro que se abren a mis manos,
y hay labios impalpables que me besan la frente.

XXVIII

MARCO AURELIO

Medito a Marco Aurelio en la nocturna calma,
para apagar las voces de la aciaga tristeza,
para entreabrir tu cárcel de los días, mi alma,
y ofrecerte un descanso de amistad, mi cabeza.

Alma, como una estrella o una entreabierta rosa,
tu presencia invisible puebla mi soledad
y te tornas profunda y astral y misteriosa
en mi silencio pleno de amor y eternidad.

Dejas las vestiduras de oro y seda del día
y tienes de las noches el vago resplandor,
te disuelve en sus músicas celestial armonía
y te llenas de aromas como una selva en flor.

Marco Aurelio, en la calma, tu pensamiento sella
de paz y de dulzura mi olvidada canción,
tú dejas en mis manos encendida una estrella,
y es una fuente viva por ti mi corazón.

XXIX

EXALTACION DE LA VIDA

Antiguos desalientos atábanme las manos
y había horror y sombra en mis ojos; la muerte
su camino de estrellas le ofrecía a mi duelo.
Mas hoy siento que surge mi existencia cual pródiga
y ondeante selva, y mis tristezas vanas
se cubren de ramajes, de flores y de nidos.
La juventud es arca que excelso bien esconde;
vivamos a su amparo, sintamos su energía
en el potente espíritu de las grandes acciones;
como el águila olímpica que atraviesa los cielos
tendamos nuestras alas del uno al otro polo,
sobre el anillo máximo del trópico esplendente,
y bebamos los mares, el espacio y los vientos,
y seamos el mundo de fuerte savia henchido;
y cuando el desengaño sombrío nos oprima,
encendamos la hoguera de sándalos fragantes
de la eterna alegría que ha creado los astros.
Atrás con los dolores, con las espaldas débiles
y las piernas lisiadas; atrás con la maldita
inútil pesadumbre de sentirse vencido;
atrás con los rencores, las envidias nefastas
y los puños crispados de impotencias seniles.
Muchos siglos la gota de agua de las lágrimas
ha roído la roca de voluntad del mundo.

Los creadores llevan entre sus brazos fuertes
los universos vivos que han de surgir mañana.
El mal nunca ha existido, la canalla siniestra
es abono de fango para augustas semillas.
Tierra, en tu mano próbida, la ilusión nos aguarda,
el azul de los cielos invade nuestra idea;
y bajo el sol inmenso que es nuevo cada día
el alma de los hombres olvida el lloro amargo;
siente la palpitante renovación eterna
que conmueve la entraña de seres y de mundos
y pone en nuestros hombros en vez de regias púrpuras
florecientes vigores de una existencia plena,
con su glorioso anhelo que triunfa de la muerte
hundiendo sus raíces en la vida del orbe.

XXX

INSPIRACION

En la cabeza erguida del poeta
se profundiza la emoción; de súbito
es un abismo azul el pensamiento,
o es la noche sin astros; se derrama,
mágica pedrería, el temblor áureo
de las estrellas... Cruza el soplo inmenso
del génesis sagrado; emerge el mundo
de los mares de luz de las auroras;
y en la luz las estrellas encendidas
son un enjambre trémulo de abejas.
Sube el vigor fecundo como un néctar
olímpico a la frente soñadora,
el mundo vivo resplandece en ella;
y es entonces, oh Psiquis bienamada,
que le besan tus labios, y en sus labios
la voz del universo se despierta.

XXXI

SED VAGA E INFINITA

Sed vaga e infinita de una eternal ribera,
las congojas de un día se fueron en el viento,
turba un volar de águilas el azul macilento
de este largo crepúsculo de vaga primavera.

Se empañan los cristales de iluso pensamiento,
junto al carcaj de oro se aduerme la quimera,
y la oculta cigarra su canción exaspera
en los campos pacíficos con un ritmo violento.

Hora inmensa. Perdido entre los carrizales
y las frescas marañas, al ángelus tardío
voy sintiendo entreabrirse esperanzas y males.

La niebla vespertina se derrama en las cosas,
y a la luz de los astros, a mi dolor sombrío
una mano invisible le va ofreciendo rosas.

XXXII

EL TEMOR DE MORIR

El temor de morir hiela mi frente;
yo no amaba la vida como ahora,
con oculto sentido que presiente
y con intenso corazón que adora.

Mas hoy amor de vida me florece
en mil rosas de angustia y desazón,
y por amarlo todo me parece
que es un frágil cristal mi corazón.

Y quisiera vivir eterna vida
y acrisolar en luz como un diamante
la tempestuosa eternidad dormida
en el inmóvil tiempo exuberante.

Que en la hoja donde labro mi capullo,
y en mi ternura y esperanza velo,
me llegue de los astros el murmullo
y se cuaje el rocío azul del cielo.

Y así, oh eternidad sagrada, pueda
el alma que se mira en tus cristales,
ser toda de verdad cual clara seda
de cosas ideales y reales....

XXXIII

PRESENTIMIENTO

Yo estaba en cumbre agreste rodeado
de infinito; murmurio de infinito
me traían los vientos de la noche;
en esa religiosa paz un triste
y hondo presentimientc en mí surgía;
con sus vivas estrellas, el oscuro
y arcano cielo, su ribera ignota
mostraba a mi ansiedad que nada sabe;
y en ese mar de extraterrena calma,
inexperto y audaz, hundí mi mente.
Vértigo y torbellino sacudían
mi espíritu; marea de misterio,
de pavor le llenaba y de locura.
Mas, pronto, la confianza en una eterna
sabiduría consolaba al triste,
un murmurio de amor era la noche;
en la astral soledad todas las cosas
de un alma inmensa el palpitar tenían;
y tras el tronco lóbrego de un pino
alzábase la luna de Septiembre.

XXXIV

DIJELE UN DIA AL CORAZON...

Díjele, un día, al corazón, ¡renace!
Era una aurora de Septiembre; el mundo
sobre mi corazón se despertaba...
La vida inmensa en mí resplandecía.
Me sentí florecer, lleno de arrullos,
y me brotaron alas para el vuelo...
El cielo azul. El sol en la montaña.
El torrente espumoso. El bosque verde.
El revuelo de un águila, cerníase
como un símbolo heroico y legendario.
Juventud, que amas ásperos caminos,
vientos de mar, y en arriesgada empresa
ves nacer del confín las Islas de Oro,
la vida inmensa esplende en tí, vencida
por el brazo tenaz y la áurea idea.
Un tesoro oriental hay en tu frente
y en tu mano la fuerza inusitada
que al barco de Jasón guió en las ondas.
Bella es la vida y es la muerte bella;
la lucha, hermosa; y el amor hermoso.
Universo, fantasma de otro día,
¿por qué temí tu formidable arcano,
si con mi corazón palpita el tuyo,
si en un triunfo de rosas y laureles

y al rumor de las liras, rueda el astro
que surge del hirviente mar divino?



Me dijo el corazón: el alba pura
me torna azul como el espacio; en alas
luminosas me elevo y me difundo
en el remanso de la luz eterna.

XXXV

LO QUE HA DE LLEGAR

Viejo Oceáno, siempre joven y ágil
bajo la luz del sol, cuando florecen
tus espumas en mil piedras preciosas;
tus sonoros oleajes tumultuosos
se elevan al azul, oh mar potente;
en tu seno nutriste hombres y dioses
y te verán las épocas futuras
en plenitud de tu vigor magnífico.
Yo sé que he de morir,
yo sé que he de morir,
de aquí a diez, veinte, treinta, cuarenta años,
yo sé que he de morir,
en tanto que en tus aguas florecientes
cantará el himno eterno de la vida.

Selva inundada por la luz sublime,
montaña, valle, río, carretera,
vosotros sí sabéis de mis ternuras,
de mi amor a la tierra donde moro;
yo sé que he de morir,
yo sé que he de morir,
en tanto que vosotros por los siglos
la belleza tendréis del mundo inmenso.

Clara luz matinal, sol del estío
en los campos cubiertos de amapolas,
mañana, mediodía, clara tarde,
mis ojos a la luz se cerrarán...
Yo sé que he de morir,
y ya nunca, jamás, oh luz divina,
pondrás sobre mis párpados tu gloria.

XXXVI

EN MANOS DEL SILENCIO

¿Has visto cómo surge cristalina la fuente
en peñascales rudos? Así de ti despiertas.
En manos del silencio se reposa tu frente
y hay en tu alma abstraída un abrirse de puertas.

De puertas que conducen a la región ignota
donde el hombre fulgura con su interior nobleza;
y es entonces que miras que de tu alma brota
una apacible fuente de amor y de belleza.

Qué de instantes gloriosos y de solemne calma
en las fértiles selvas del vivir cotidiano;
sentir como me inundas de claridad, mi alma,
cuando tornas, abiertas las alas, de lo arcano.

En esta dulce noche campesina descanso;
las luciérnagas brillan en negros matorrales;
y al llorarme, me siento renacer en remanso
silencioso y fecundo de aguas inmortales.

XXXVII

LA BIBLIOTECA

Cubriendo los estantes de la gran biblioteca,
me hablan calladamente los libros familiares
que devanan como una maravillosa rueca
ideas infinitas, anhelos seculares.

Santos, poetas, sabios, hicieron estas obras;
enormes pensadores, poetas prodigiosos,
en horas de esperanza, de alegría o zozobras,
alzaron, línea a línea, estos templos suntuosos.

Prolijos, incansables, mi alma los imagina
frente al oculto océano del pensamiento fuerte,
con el ansia profunda de hacer obra divina
que cruce las edades y que venza la muerte.

Oh maestros insignes, quién pudiera en el frágil
vaso, donde una gota hay del néctar sagrado,
hacer surgir de nuevo el libro recio y ágil
que pueda sin rubores dormir a vuestro lado!

XXXVIII

LA CANCION MAS HONDA

Ha de llegar el día en que florezca
todo mi sér en la canción más honda,
y en el duro cristal del pensamiento
surja hasta la raíz del alma mía.
Como una esfera diamantina, el alma
se bañará de luz íntegramente
y quedará apresada en el poema.
Será esa la canción de toda cosa,
la voz universal en mí dormida,
la ilusión, las visiones y los sueños
de instantes tristes y gloriosas ansias.
Y será esa canción a ti ofrecida,
juventud inmortal, que nos empujas
a entreabrir las puertas de diamante
de todo noble empeño y alta ciencia,
y velas en la noche a nuestro lado
dándonos la ilusión y la esperanza.
No deshojes las ramas temblorosas
de tu guirnalda, juventud, que el tiempo
no me llame a razón en mi locura
de buscar los tesoros que se encierran
en el ardor de los viriles años.
No pongas en mi frente la caduca
luz de la tarde que se apaga y muere,

dáme el oleaje hirviente de los mares,
y en la ambrosía de la eterna vida
la dicha inmensa de sentirme joven
entre el coro nupcial de las esferas.

XXXIX

RESPLANDECED

Resplandeced, resplandeced, espíritus
de una inmensa bondad iluminados;
que ascienda como un astro el palpitante
corazón; y los hombres, que en la noche
asen del crimen el puñal y matan;
los que ciegos y ruines y cobardes
se visten de corderos siendo lobos,
los que envenenan las divinas fuentes,
los que en vez de ser lumbre fueron sombra,
los que hacen de Jesús un vil verdugo,
los que dominan pueblos y los lanzan
a ensangrentar el mundo con sus crímenes,
piensen un día en la fatal derrota,
que es el poder de la bondad, el grande.
Resplandeced, resplandeced, espíritus,
para que surja del abismo inmenso
día de redención, día de palmas!

Julio 14 de 1916.

XL

EN EL RETORNO

Hoy, mi alma que nutriste de armonía,
te ofrece, en tu retorno, mi saludo,
mientras la gloria hace surgir el día
al resplandor del apolíneo escudo.

En tu montaña azul el pensamiento
cual véspero lumbroso en clara tarde,
aunque revuelva el encinar el viento,
serenamente arde.

Y ha de llegar el día—
cual las horas que Píndaro en el sublime verso
inflamó con su sacra poesía—
que tu espíritu henchido de universo
sea, para el que entiende y el que vuela,
roca en la playa, en el oceano estela,
en el monte metal que se transforma
al fuego vivo del dolor,
en las escuelas eleusinas, norma,
y en la noche de luna, ruiseñor...

XLI

DE NOCHE, ENTRE LOS CAMPOS

De noche, entre los campos de arboledas oscuras,
se siente en los follajes inaudito rumor;
y cruza por las hierbas una onda de pavuras,
espíritu invisible del humano terror.

¡Estar solo en los campos en la noche en que brilla
el cielo con sus lumbres de fulgor inmortal,
y ver en el espejo de esa astral maravilla
el instante caduco de la vida mortal!

Y gritar en la noche del campo silencioso,
y oir tan sólo el eco que devuelve ese grito,
el rumor sin sonidos del eterno reposo,
y sentirse en las aguas sordas de lo infinito!

Ese morir viviendo cuando nadie contesta,
a pesar de que el alma nos diga, te oye Dios,
y sentir en nosotros que la noche siniestra
nos ahoga en sus sombras y nos deja sin voz.

XLII

ACCION DE GRACIAS

Yo no puedo decir, oh tierra indiferente
—porque en tu seno ignoto nuestra vana figura
sonríe como flor que sólo una hora dura—
que un grave mal me hiciste al tornarme viviente.

Amo la vida como maravillosa fuente,
el mundo es para mi alma premio a toda amargura;
si el hombre me lastima y la suerte me es dura
me consuela la estrella y la noche silente.

Voy de un abismo al otro sin conocer al hombre
que en mí habita; y me envuelve misterio sin ribera;
y soy entre las cosas una cosa sin nombre.

En las eternidades he de vivir una hora,
sin embargo, me envuelve de luz tu primavera
y me lleno de himnos en cada nueva aurora.

XLIII

ALABANZA

Alabada tú seas, oh vida misteriosa,
si me has dado como hombre un oculto sentido,
si derramaste músicas divinas en mi oído,
y el pensar y el sentir, me infundiste gloriosa.

Alabada tú seas, múltiple y prodigiosa,
por tu ciencia ignorada y tu bien presentido,
desde el rítmico y diario corazón al latido,
desde el sueño del niño que en la noche reposa.

Alabada tú seas por el verso que vuela,
por la ciencia que busca y por el arte que halla,
por el padre y la madre y el abuelo y la abuela,

por el hijo que amamos y el sér que más nos quiere,
por los hombres que ignoran en su diaria batalla
que el amor es eterno, que el odio mata y muere.

XLIV

PAZ

Díle al hermano, hermano; al hombre, hermano;
rompe del odio el ánfora siniestra;
para el triste ten rosas en la mano,
y para el débil la animosa diestra.

Díle a tu corazón: amor eterno
desde hoy el labio de ternura sella:
desde hoy, oh corazón, ya no habrá infierno,
pues tú serás la redentora estrella.

Mucho pesaste en el que nada pudo;
tú clavaste un puñal en el que duerme;
venciste al manso con tu fuerte escudo,
flagelaste la carne del inerme.

En las grandes tristezas de la vida
olvídate de tí y ama a tu hermano:
dí el amor infinito nos convida
a un gran amor hacia el linaje humano.

XLV

CREPUSCULO

Al pensamiento
le da descanso
un ruido manso
de lluvia y viento.

Quietud divina
de la hora vaga,
si el día apaga
nos ilumina....

La tarde adoro,
lluvia, de estío,
cuando haces mío
su gran tesoro.

Tesoro santo,
serenidad,
eternidad
y dulce llanto.

En la morada
oscurecida
entredormida
sonríe un hada.

Intimidad
de corazón,
con emoción
de inmensidad.

Profunda vida,
instante eterno,
cual llanto tierno
de despedida.

El pensamiento
se me ha dormido,
al manso ruido
de lluvia y viento.

De ti lejano,
hora fugaz,
me siento más
hondo y arcano...

En la ribera
hoy accesible
de lo imposible
mi amor impera.

Y en su armonía,
coro estelar,
se mueve el mar
del alma mía.

XLVI

SOSIEGO

Entre los negros sauces, solitario,
oh noche, en la ribera, la mirada
reposa en la dulzura del lunario,
en las aguas y el árbol derramada...
De paz al corazón la noche llena...

Vida, tórnate diáfana y serena.

Vida, tornate diáfana y olvida
de mano impura venenosa herida.
El agua duerme silenciosa y rueda
una onda de perfumes de la rama
de cada árbol que duerme en la arboleda...

La paz del corazón me dice, ama.

La trémula luciérnaga palpita
de la noche en la pálida blancura;
y del espacio azul, cae infinita
serenidad que a la ilusión despierta
en el jardín de edénica hermosura.

Noche divina, a la ilusión abierta...

XLVII

SOBRE EL VERDOSO MARMOL

Sobre el verdoso mármol de la vieja
fuente, prolija túnica de aguas
se desliza y se funde en el remanso,
en donde caen amarillas hojas
de los musgosos árboles... Otoño
pinta de oro el césped, en los claros
del alto bosque. Y el nevado busto
del sátiro y el gesto de la que huye
grácil ninfa de rostro que se vuelve
miedosa y anhelante, dan su intensa
vida al silencio que conturba el ruido
murmurante del viento en el ramaje
que se desnuda en mil hojas dispersas
como bandadas de dormidos pájaros.
Deja que caiga en este claro otoño
la inerte ofrenda de la ayer florida
estación. Y en la paz del dulce día
que te regala el sol para que sueñes
y el sereno dolor para que añores,
tiende tu alma como un césped manso,
haz que se arraigue en ella árbol eterno,
dí soy la juventud que se corona
con el oro otoñal; y vendrá un día,
en que ágil, sonriente, despojada

del sueño del otoño y de la nieve,
oprimirá mi brazo, la que hoy huye
grácil ninfa miedosa y anhelante,
y he de tener por don de primavera
con el halago de su esquivo beso,
en la paz de las noches venturosas,
la lira, cuyas cuerdas de los astros
descienden a anudarse en los negruzcos
troncos de la nocturna selva, y una
vibración de los cielos y la tierra
arrullará mi amor, pues la que amaba,
Eva, me ofrece un nuevo paraíso
y Psiquis me enguirnalda con sus rosas
y me hunde en lo infinito tras su vuelo.

XLVIII

A UN POETA

Se ha erguido tu cabeza, aún empapada
del rocío nocturno; tu cabeza
en donde nace el ritmo y la ignorada
fuente divina de inmortal belleza.

El bosque, la montaña, el oceano,
dentro de tí palpitan. Tu presencia
tiene la majestad de lo extrahumano
y la revelación de oculta ciencia.

Y cuando tú meditas calla el mundo,
del áspero entrecejo de tu frente
surge una vibración de mar profundo
y hay un vuelo de astros en tu mente.

Mi adorable poeta, hay en tu boca
el secreto que puede, en un instante,
animar con tu espíritu la roca,
fundir la eternidad en un diamante.

XLIX

SE EXTIENDE EL MUNDO...

Se extiende el mundo a mi visión, llanuras,
mares, montañas, selvas, cielos, astros;
el viviente Universo se recoge
en mi sér inmortal y solitario.
Está el mundo delante de mi espíritu,
la vida inmensa con su ardor sagrado,
las aguas, los abismos y la idea
bañada en el azul de los espacios.
Tiembla el rocío en hierbas olorosas,
delicia matinal impregna el campo
y entre las blancas nubes de la aurora
se desbanda el revuelo de los pájaros;
la misma vida que en mis venas arde
puebla de flores y verdor al árbol;
en las aguas dormidas la frescura
de las cosas emerge; y entre nardos
y lirios huyen las esquivas náyades
de la selvosa fuente; estalla en lampos,
trémulo el sol en los confines de oro,
diamantes siembra en los dormidos prados.



Se extiende el mundo a mi visión, absorto,
la selva cruzo; en mis ardientes manos,
en mi cuerpo, en mi espíritu, en mis ansias,
está un sol por surgir desde lo arcano.
Hay fuerzas gigantescas que me arrastran
y potentes impulsos sobrehumanos
convergen en mi sér; savia del mundo
late en mi arteria, y gigantesco lago,
mi espíritu rebasa sus riberas,
la tierra inunda y llena los espacios...

L

LA BELLEZA DEL MUNDO

La belleza del mundo me envuelve con su velo
de transfiguraciones; la belleza del mundo,
en mi espíritu enciende las estrellas del cielo,
y me torna divino, vago y meditabundo.

No diré ya a la Esfinge súplicas lastimeras,
un interior impulso de alientos ancestrales
infunde en los espacios sus vivas primaveras,
ilumina mi ensueño de auroras inmortales.

En un ardor ferviente de alegría sagrada,
vida del universo de mis entrañas brota;
ya no van mis anhelos dolientes a la nada,
que en las eternas músicas es mi alma una nota.

Oh Mundo, a tí retorno desde arcanas riberas;
sin alcanzar tu enigma, me acerca tu confianza;
y miro, en un fracaso de esfinges y quimeras,
reverdecer el árbol de la eterna esperanza.

LI

ESTA ES LA INMENSA TARDE...

Esta es la inmensa tarde de los primeros días
del mundo. En las mil piedras preciosas de occidente
emergen los cerúleos jardines. Armonías
maravillosas cantan. Y fulgura en la frente
el alba; y el pie tímido rosas y lirios huella.
He aquí el paraíso... Ya la vista asombrada
ve nacer en lo azul una pálida estrella;
y bebe el mundo todo nuestra ansiosa mirada.
La luna del crepúsculo, entre el rumor marino
surge; y calla la selva; y es entonces que el alma
escucha un inefable murmurio; ese divino
acento de la calma
que en un cristal maravilloso nos refleja.
Cada astro en el espacio es una abeja
en torno de la flor mística y pura...
El árbol con su lumbre se torna corazón,
y en cada hoja nos habla la ternura
de un apacible idioma... Ensueño, fe, visión,
transfiguran el mundo a nuestro paso...
Y al apagar su púrpura el ocaso,
la sublime belleza de la hora
en nuestra alma turbada se atesora
como una perla en el cristal de un vaso.

LII

DOLOR

Para quien pena a solas, la almohada fragante
se ha de trocar en dura piedra en el viaje vano,
que sigue tras los vientos un oriente lejano
o una interior estrella de luz alucinante.

Bien pude un claro día encontrar mi descanso,
o en noche en que cantaban amor y ruiseñor;
bien pude ver mis torres copiarse en el remanso
con olvidar los arduos caminos del dolor.

Por tí, yo voy mi alma, a ya no sé que esfera
desconocida; llévame imperioso deseo;
si como Edipo encuentro la inmutable quimera,
tú pondrás en mis manos la música de Orfeo.

Mas esta fe en la gloria que ensordece mis días,
clarifica mis duelos y alas pone en mis pies,
se romperá cual ánfora llena de melodías
entre las tempestados del torvo Eclesiastés.

LIII

INTERROGACION

No está de más después de una intensa lectura
—¡oh este viejo Aristófanes y este joven Luciano!—
llorar lo inevitable de la humana locura,
reir, con elegancia, del poco seso humano.

Después de Anacreonte quedarse pensativo
y frente al vasto Homero soñar excelso nombre;
y al través de los genios encontrar un motivo
para elevarse en alma y acrisolarse en hombre.

Así me digo cuando pienso que yo sería
un sofista en Atenas, o en Mitilene, Alceo;
que al abrirse se torna compasión mi ironía
y no responde la épica a mi viril deseo.

¿Es órfico maestro quien me da su lección?
¿Por qué no puede un arte mío en mí florecer,
y no responde el verso al hondo corazón
o a aquello que soñamos o que pudimos ver?

Ironía que tienes el acero invisible,
quién pudiera en tu reino este llanto olvidar;
¡y ciegos nuestros ojos a lo eterno imposible,
no tener los abismos y el estruendo del mar!

LIV

REPOSO

Reposo en el silencio de la noche. Rumores
lejanos llegan débiles. Un sordo desaliento
me oprime, me despierta los antiguos dolores
y una mano me estruja pasión y sentimiento.

El ladrido de un perro en la sombra se aleja.
Estoy solo en la noche; mi tristeza implacable
ronda por los oscuros rincones de la vieja
casa del horror llena de muerte irreparable.

Ya se fué para siempre mi anhelar; la amargura
palpita con las sombras y con las luces vagas;
mi juventud henchida de siniestra locura
siente el sudor de sangre de las horas aciagas.

Reposo en el silencio de la noche dormida
que me llena los ojos de sombría visión,
y un rumor incesante que viene de mi vida
hace en todas las cosas latir un corazón.

LV

EN LA TARDE DORADA

En la tarde dorada que duerme en la arboleda,
donde dejó la lluvia remansos cenicientos,
y nuestro pie se hunde en el césped de seda ,
se me florece el alma de íntimos pensamientos.

Ya la cigarra trémula del boscaje aminora
su canto, y leve música se esparce en el ocaso;
y de invisibles flores la esencia turbadora
se desvanece en onda de paz a nuestro paso.

Me da su fortaleza el destino sagrado,
siento brotar de vida la caudalosa fuente,
ocaso, cielo y bosque palpitan a mi lado,
bosque, cielo y ocaso me hablan calladamente.

Y cuando el plenilunio se cierne entre las hojas
y con el temblor leve de la brisa murmura,
miro rodar deshechas las antiguas congojas,
y me hundo en un remanso de esperada ventura.

Ventura de ser fuerte, de florecer cual rama
primaveral; ventura de despertar — al viento
que fragancia de bosques y de prados derrama —
del mundo un bondadoso y astral presentimiento.

Ventura de mi débil cuerpo convaleciente
que se incorpora henchido de músicas divinas
y de realidades augustas, y que siente
corazón en su carne de una selva de encinas.

Oh Más Allá, glorioso sosiego que he cantado,
al sentirme tan lleno de vida, yo te adoro,
y adivino el imperio de tu amor ignorado
que me ofrece la llave del único tesoro.

LVI

LO INUTIL

De fatigas inútiles enfermo,
sientes de pronto que tu vida pasa,
que elevaste tus muros en el yermo,
y no encuentras ni Dios ni amor ni casa.

En la sagrada juventud decías:
—El oro labraré de mi existencia,
florecerán como un jardín mis días,
seré toda bondad y noble ciencia.—

Tú recuerdas las noches silenciosas,
en que tu alma velaba en el sosiego
del mundo, y al pensar en altas cosas,
sentías de esa luz el claro apego.

La vanidad, un día, con su pompa
te irguió sobre las cimas del momento;
quisiste fama y su mentida trompa
clamó tu nombre en el voluble viento.

Y grande te creíste, sin aquella
intimidad del alma que nos guía:
lumbre inextinta de alejada estrella,
noble silencio, excelsa compañía.

No fuiste fuente que fecunda y calla,
ejemplo austero de bondad y no fuiste,
y hoy después de triunfar en tu batalla
la hallas inútil y te pones triste.

¡Qué más quisieras que en la dulce tarde
del vivir, encontrar que está despierta
su estrella del crepúsculo y que arde
del misterio infinito en la áurea puerta!

LVII

LA PENA SILENCIOSA

La tarde lila esfúmase en el campo dormido
y en el alma despiertan las penas silenciosas
que se alzan de su lúgubre vestidura de olvido
a traernos la esencia de las antiguas rosas.

Floreció nuestra vida como la espuma leve;
el ayer con su suave soplo de primavera
entrelaza su pámpano con el lirio de nieve
y renuevan las musas su danza en la pradera.

Oh vida, oh gran tesoro que defienden mis manos,
—mi temblorosa música, mi sed de poesía—
al mirarte a la lumbre de los días lejanos,
ay, quisiera que fueses por largos siglos, mía.

Ay, quisiera infundirte, transitorio momento,
de eternidad el alma; que el giro presuroso
de las horas termine; y un inefable aliento
haga brotar las ramas del árbol del reposo.

Arbol de maravillas, en la tarde dorada,
de cuyo viejo tronco surge el raudal fecundo
que nutre nuestro espíritu con la ciencia ignorada
y ofrece a nuestros ojos la alegría del mundo.

LVIII

LA AGONIA, SUS ROSAS...

La agonía sus rosas esparce en mi almohada,
atrás rueda el enjambre de las abejas de oro,
la aurora de los mundos en mi sér eclipsada,
de los mares de estío, el oleaje sonoro.

Ayer me había dicho: He de vivir ondeante
vida, profunda vida de corazón henchido
de energías indómitas, de una idea vibrante
cual si en el mundo fuera universal latido.

Morderé de la gloria los racimos sagrados,
penetraré al enigma de las divinas cosas,
despertaré en la lira ritmos no revelados,
con amargor de lágrimas y lujuria de rosas.

Déjame este gran triunfo de ilusión que es la vida,
quiero sentirla ardiente en mis trémulas manos,
mirarla quiero como una hoguera, encendida
más allá de los límites de los sueños humanos.

Ay, las volubles horas fueron barcas ligeras,
sollocé cada día su naufragio en el mar,
y nostálgica y triste de antiguas primaveras
en sus palacios mi alma sólo sabe llorar.

¡Y este claro de luna de las noches soñadas,
y esta impetuosa vida, águila al huracán;
la muerte que nos cubre de rosas deshojadas
y las sublimes horas que mañana vendrán!

Con las manos crispadas, oh vida, mía te hago,
te detengo un instante y te aprietan mis dedos,
entre un sordo oleaje de demencia y de estrago,
bañado por los fríos sudores de los miedos.

Sí, de morir habemos... La agonía se posa
en mi frente abismada como un pájaro yerto;
y sé que no es un término la cueva de una fosa,
de inmortal armonía he vibrado al concierto.

La voluntad se erige como Lázaro una hora
del sepulcro marmóreo, de los viles gusanos,
y llénase la muerte del fulgor de una aurora
que desgarra la noche de los hondos arcanos.

LIX

EN LA ROQUEÑA COSTA

La tarde. En la roqueña costa hierve la espuma,
es montaña de fuego la vespertina bruma,
brillan piedras preciosas en el temblor del mar;
quizá hay voz de sirenas en los confusos sones,
y al arder los diamantes de las constelaciones
cunde en alma y océano el misterio estelar.

Al rumor de oleajes y de vientos marinos,
he soñado un retorno de Argonautas divinos;
miré de antiguas lumbres un nuevo resplandor;
ví abrirse entre las ondas la aventurera vía,
y como un viejo Ulises, errante todavía,
sentí en la muda lágrima escondido clamor...

Oh inmenso mar, el grito se apaga en tus llanuras,
hay hogueras de astros en tus aguas oscuras,
unánime gravita tu grandeza en mi sér;
la vasta noche pálida tu rebaño apacienta,
y parecen tus ondas que rasga la tormenta
cabelleras deshechas, hirvientes, de mujer.

Desde ásperos peñones al contemplarte siento,
en sal, espuma, cántico y tempestuoso aliento,
el poder tumultuoso de tu divinidad;
y al fragor incesante de rotas marejadas,
que vienen de la noche sonoras y encrespadas,
rueda dentro de mi alma la amarga eternidad.

LX

HE DE VOLVER A TI...

He de volver a ti, ciencia sabida,
ciencia ignorada, he de volver a ti,
hacia el hondo secreto de la vida,
a lo que apenas en el sueño vi...

Universo sin límites, inquieta
ansia de conocerte y comprenderte,
hace cantar la lira del poeta
y da al sabio su luz para leerte.

Aquí la paz, aquí el consuelo, el claro
surgir desde la sombra tus verdades;
aquí el amor es un augusto amparo
en esta tempestad de eternidades.

Aquí la ley terrible, la ley suave,
lo pasado, y presente y lo futuro;
el dolor del que busca y, ay, no sabe,
y un súbito relámpago en lo oscuro.

Aquí la claridad, el alma pura
que se confunde con la viva esencia
del universo que nos transfigura
en el almo latir de su existencia.

He de volver a ti, y en ti abstraído,
sólo tuyo será mi pensamiento,
hasta que un día quédeme dormido
en tu manso y astral recogimiento.

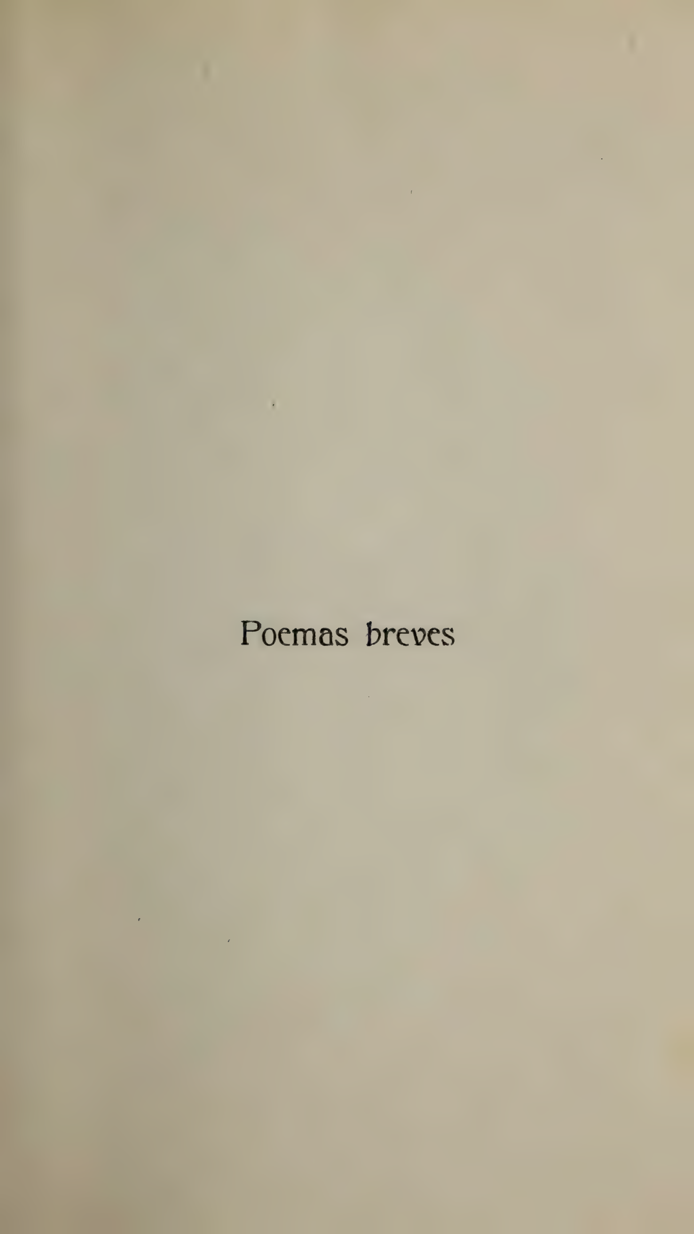
LXI

ESPERANZA

Hay una voz en la profunda noche,
que me dice: "Medita, piensa, labra
las almenas de oro de tu verso..."
¡Son dulces tus sonrisas, Esperanza!
Anhelé trascender hacia los siglos,
la fe me dió sus poderosas alas;
mas tú sabes cuán duro es nuestro día,
las hieles que envenenan, la canalla,
enemiga inmortal del grande empeño,
de los caminos las hirientes zarzas...
Y me dices: "Medita hombre doliente,
las grandes torres del poema labra,
intérnate al futuro de los siglos".
¡Tus halagos me alientan, Esperanza!
Y la noche es tu cómplice, la noche
cuando el cielo magnífico me habla,
late en mi mano el corazón del mundo,
y escucha el universo mi palabra.
La sed de lo infinito, la insaciable
sed... Mi voz de hombre, dolorosa, extraña,
¿no puede acaso levantarse un día,
dilatarse en los ámbitos, sagrada,
y encender en la frente que se postra,
de eterno ideal inextinguible lámpara?

Tú me dices: "Hermano, sueña, piensa,
asciende de la noche en las escalas
que viste cual Jacob en las tinieblas,
toma mi fiel corcel de crines blancas".
Y subo en él transfigurado y triste;
y el caballo divino, ágil escapa,
suelta la brida, chispeante el casco,
rasgando el viento con cerúleas alas
y en la frente inmortal un temblor de astros,
con rumbo a las ciudades del mañana.

Después, en la ceniza azul del sueño,
¡aun me envuelves de púrpura, Esperanza!



Poemas breves

I

SURGE LA LUNA...

Surge la luna en el confín bermejo,
la tarde muere... Un grillo canta cosas
de la niñez... El corazón, ya viejo,
se impregna de ternuras dolorosas.

Impetus, sueños, luchas ardorosas,
de una gloria inmortal empresa extraña,
cómo morís si un grillo canta cosas
que aprendió la niñez en la montaña...

II

CORONADOS DE ROSAS...

Coronados de rosas lozanas
dicen unos su canto a la vida,
otros llevan en su alma dormida
resplandores de estrellas lejanas.

Unos aman la Suma Belleza,
en nostalgias se abisman los otros:
y en mí clama una vasta tristeza
inmortal: ¿qué será de nosotros?

III

EL ENCANTO BREVE...

A las divinas musas, el tesoro
ofrecí de mi alma, un vaso de oro
rebosante de mieles, la alegría
de los fragantes pámpanos y el coro
de las liras de mágica armonía.

Y en el sagrario donde mi alma bebe
perenne y dulce inspiración, gozosas,
me ofrecieron las musas una leve,
suelta guirnalda de fragantes rosas,
símbolo eterno del encanto breve.

IV

EN LA NOCHE PROFUNDA...

En la noche profunda y sosegada
rasga la ola su crujiente seda,
en los negros peñascos de la playa;
la cruz del sur se eleva; y estoy solo
—¡oh cuán lejano de la ciencia humana!—
frente al cielo y al mar; olor de pinos
flota en el aire; y en la hora sagrada
gravita en mi cabeza, como el vuelo
de un arcángel, mi alma...

V

EL HADA DE LOS SUEÑOS

El hada de los sueños, hilo a hilo,
teje el encaje de la suave vida,
borda tu historia, corazón tranquilo,
y se queda, soñándote, dormida...

VI

CUAN DULCE AL ALMA...

Cuán dulce al alma en la serena noche,
el canto familiar de oculto grillo;
del negro monte en la nevada cima,
blanco girón de nube, rizos leves
amontona en el curso de la luna;
en las espesas sombras de los árboles
rueda la luz de pálida luciérnaga...
El nocturno silencio, que perfuma
el estío, corona nuestra frente
de soledad propicia; el pensamiento
se puebla con la voz de un alma ignota;
una mano de amor nos acaricia,
rueda al misterio la insondable calma;
se hunde la luna y densa sombra crece;
fúlgidos arden los eternos astros;
ni un rumor en la casa; el viejo perro,
ya los ojos insomnes adormece;
y tan sólo del grillo, áspero canto,
llena la paz de la serena noche.

VII

NIEVA...

Nieva afuera; las brasas del hogar
se cubren sutilmente de ceniza
blanca; el sedoso gato se ha dormido
al calor del rescoldo; vieja Biblia
yace olvidada en el sillón vacío;
y me digo: qué dulce es la visita
del invierno, en la casa en que nacimos,
cuando congrega el frío a la familia
en torno del hogar, y un vago ensueño
su suave seda de ilusiones hila
en el sosiego de las mansas horas.
En mí el mundo florece; y yo quería,
ayer, labrar estrofas que no mueran,
sin ver que sutilmente la ceniza
cubre la brasa... Pero, seré todo
para ti, poesía...

VIII

UNA ESTRELLA ME GUIA...

Una estrella me guía por la senda ignorada,
una estrella dulcísima como una fiel mirada
de amor que alienta mi hondo corazón dolorido;
una estrella me guía por la senda ignorada
a no sé qué regiones que mi alma ha presentido.

Ella calmó mis duelos en noche dolorosa,
y ha sido en mis angustias promesa misteriosa;
no en azules montañas y altas cimas destella,
va dentro de mi alma su luz maravillosa,
me vuelvo luminoso con la luz de esa estrella.

IX

ARBOLADO CAMINO

Hoy tornas a mis sueños arbolado camino
que salpican hirvientes las aguas rumorosas;
y en el azul destácase el ruinoso molino
que, alegres, invadieron las campesinas rosas.

No sé por qué la dicha del antaño despierta,
cuando me das tu mano suave melancolía,
y me encuentro como una vieja casa desierta
donde hubo sol y pájaros, amores y alegría.

X

DE SILENCIO Y DE SOMBRA...

De silencio y de sombra se llena la morada;
la tarde ya es tan sólo una isla dorada
en el oscuro fondo del boscaje de pinos;
cantan los grillos ásperos en los setos vecinos.

De silencio y de sombra se llena la morada
y la envuelve la inmensa y azul noche estrellada.

XI

YA NADIE TE AMARA...

Ya no habrá almohada para tu cabeza,
ni habrá manos de amor para tu frente,
ni un alma que comprenda tu tristeza
y ni una voz que te hable dulcemente.

Ya nadie te amará; triste y austero,
con tu sentir y tu pensar profundo,
serás la vibración de un venidero
reino de amor que desconoce el mundo.

Ya nadie te amará; mas tú callado,
darás la flor a quien te hunde su espina;
y dirás, cada vez que la hayas dado,
lo hago en nombre de mi alma divina.

XII

OH CELESTIAL REGION

¡Oh celestial región adonde aspira
llegar el alma que el cansancio arredra,
y tornarse en perpetuo són de lira
desde su inmóvil pesadez de piedra!

¡Descienda al alma en música inefable
tu tesoro que enciende en nuestro anhelo,
cual luminosa túnica impalpable,
una estrellada claridad de cielo!

XIII

NO ME DIGAIS QUE PASARE...

No me digáis que pasaré cual pasa
la hoja que tiembla en el ramaje un día,
¡no he de morir! y en ti mi vieja casa
viviré con tu sol y tu alegría.

Aunque mi sér desaparezca, unido
ha de vivir a las sagradas cosas;
bullirá con la ráfaga en el nido,
en las viñas, los árboles, las rosas...

Y ha de quedar en tu rincón amado,
flotando en el ambiente, la dulzura
que diste al corazón, en sosegado
ocio y divinas horas de lectura.

XIV

NO TE ABRAS ROSA

No te abras, rosa; párate, brisa;
cállate, fuente; duerme, rumor;
si se ha apagado ya su sonrisa
y su palabra llena de amor...

XV

EL BUEN AMIGO

Hoy llegó el buen amigo
y revolvió mis versos; y en voz alta,
con las manos crispadas en el rostro,
fué leyendo las cosas de mi alma.

Con la frente abatida
y el corazón callado le escuchaba,
y en mis viejos dolores
labró su nido un ave de esperanza.

Amigo que te acercas sonriente,
y con un dulce engaño me aplaudes y me ganas,
devolviéndome un mundo
de ensueño y de pasión que en mis palabras
se oculta como el templo
antiguo en espinosas zarzas,
tú sacudes el cuerpo que se postra,
devuelves a mi espíritu su audacia,
y me dejas soñando nuevos mundos
en los deshechos pórticos de la ilusión del alma.

XVI

UN DIA YO LE DIJE...

Un día yo le dije al numen que me inspira:
—No soy "yo" quién se canta, sino el hombre que existe
en la mano que arranca su música a la lira.
El poeta es el hombre que en mi "yo" se reviste.

Y el numen misterioso me dijo: — Si tú no eres
quién surge en las canciones de la incansable pluma,
en cada pensamiento hay sér de nuevos seres
como en las altas olas no es la misma la espuma.

— Oh numen que en mis sueños te acercas a mi oído,
borra este "yo" de todo mi pensamiento vano,
tórname cual la estrella que ilumina sin ruido
y enséñame tan sólo a ser del hombre, hermano.

XVII

QUIZAS HUBIERAS SIDO...

Quizás hubieras sido una novia querida,
y en la noche de luna te hubiera dicho cosas
de juventud, de amor... Tú, suave, enternecida,
me hubieras dado el alma en un ramo de rosas.

Ya se fueron las noches de luna, cuando trina
en las almas un pájaro de amor; te has vuelto triste;
y en la sonrisa leve que tu rostro ilumina,
lloras calladamente un amor que no existe.

Una fuga de alondras en el azul del cielo
fué la ilusión de un día de juventud que pasa;
y hoy miramos, perdido ya el juvenil anhelo,
una amarga ceniza sobre la antigua brasa.

XVIII

¿QUE PUEDO DARTE?

Sollozante, en mis brazos, te has dormido.
—¿Qué puedo darte? ¿Cómo defenderte?
En una flor azul has florecido
que segará la muerte.

XIX

PUDO SER AMOR...

Entre tú y yo, un ensueño indefinido
abrió sus alas... Pudo ser amor; quizá fuera
si el anhelo en las almas escondido
en una suave confesión se abriera.
Más de una vez en tu mirar callado
le ofreciste un refugio a mi tristeza,
y de pronto tornamos la cabeza
y nada nos dijimos. Ignorado
ramo de rosas nos unió la frente;
quizás en nuestras almas, torpemente,
el infinito amor está ahogado...
Y tú atenta en la página del libro familiar,
quizá lees el verso que tuyo ser debiera,
si en una tarde azul de primavera,
ay, no hubiéramos dado por callar!

XX

MORIR...

Morir, morir, oh selva, oh noche, oh día,
oh esperanza que sueñas, oh amorosa
música, si el espíritu reposa
en un sublime encanto de armonía.

En los ojos la luz maravillosa
ofrece al soñador su ansiada vía;
y a la rosa le dice: tú eres mía,
el alma que se vuelve también rosa.

Cielo sordo al clamor, astro impasible,
al hilo de la vida, que devana
en la sombra mujer incognoscible,

lo romperá la ráfaga de viento;
y en la divina juventud, de arcana
desazón se ennegrece el pensamiento.

XXI

LA LLOVIZNA...

La llovizna con viento acrece afuera,
y te envuelve un dolor indefinido,
mi triste corazón que estás dormido
en la almohada azul de una quimera.

Antes que el fuego de la brasa muera
mírate a su fulgor, desvanecido;
contémplate en hogar desconocido;
la nave abandonó ya la ribera...

Infinita piedad, nace del duelo
que suerte infausta le ofreció a tu paso
y engaño cruel al escondido anhelo...

No recuerdes qué mano abrió tu herida,
si la lluvia y el viento y el ocaso
te dicen, corazón: ¡Deja la vida!

XXII

ANGUSTIA

Oh bondad, oh bondad, que ser pudiste
vaso de miel para el dolor ajeno;
corazón, que anhelaste ser muy bueno
y en un río de lágrimas creciste.

Deshojada azucena que moriste
de tu dolor en el cristal sereno,
frente que no estreché sobre mi seno,
ya para siempre solitario y triste.

Aflicción de la noche en que la suerte
desconcertante nos amarga, ruda;
pesadumbre tenaz de llanto y muerte;

por restañar la herida en mi costado,
dejé al triste pasar con hambre y duda
en vez de haberle sangre y vida dado.

XXXIII

EL INDECISO PASO

Cesa de pronto el indeciso paso;
en una honda quietud la tarde muere;
como un ave extraviada en el ocaso,
el alma ya no sabe lo que quiere.

Ilusión, ilusión, que fuiste mía,
ilusión que ya nunca alcanzaremos,
mansión de paz, de amor, de melodía,
con un ansia inmortal nos moriremos.

Rumor de suave y deliciosa seda
en el boscaje que la luna baña...
Huella del soñador en la arboleda
y cruz del redentor en la montaña...

XXIV

EN EL ALBA

No más, oh torva angustia, silenciarás mi pena;
no más ojos hinchados de no poder llorar;
la aurora está en mi alma, la ha tornado serena
cual los pinos azules de esta orilla de mar.

XXV

GLORIA

Cuando en tu nombre tejen los laureles,
manos hábiles, callo. Después miro
las cabezas orladas. Después veo
yacer en el olvido las coronas.
Ya no te buscan Gloria, los que aman
el ilustre laurel que no marchitan
los años. Valerosos, noblemente,
se apartan del estruendo que te sigue,
sin amargura ni odio; y en silencio,
amantes de inmortal belleza, adoran
sus sacros dones. Y la estrofa pulen,
alzan la ciencia a las potentes cimas
y mueren olvidados. Cual Esquilo,
AL TIEMPO, indiferentes, de sus obras
dedican la labor; aunque no importa
lo que hayan de pensar los venideros.

XXVI

LA NOBLE IDEA

Frente al mármol, al bronce, a la armonía,
para encarnarte en ellos, temblorosa,
noble idea, la mano vigorosa,
en molde de diamantes te vacía.

Diáfana surges a la luz del día,
frágil, pareces entreabierta rosa,
o en montaña escarpada y pavorosa
te elevas como un dios, fuerte y sombría.

Como Atenea olímpica, tu lanza
deslumbra y ciega; y generosa luego,
das a los firmes pechos la esperanza.

Te ve surgir el hombre, de su mano,
y, ya vestida de esplendente fuego,
rasgas la noche del profundo arcano.

XXVII

LA VIA LACTEA

Horror de eternidad mis horas llena,
el pensamiento claudicante posa
sus alas en la noche tenebrosa,
que a trágicas angustias nos condena.

Por siglos y por siglos, la cadena
de dolor y de amor ata, imperiosa,
nuestro pie en el momento en que reposa
la vida, que en la muerte se serena.

Sobre el instante rápido y divino
en que la primavera nos halaga,
extiendes, inmutable y diamantino ,

tu reino de los astros, vieja vía,
disuelto en la recóndita luz vaga
que miramos brillar tan sólo un día.



Bajo tu imperio en la cerúlea esfera,
nos envolvió la dicha del momento,

dimos alegres, la canción al viento
cuando un amor de juventud se abriera.

Amamos perfumada cabellera
y voz que del edén tuvo el acento,
y al llegar hasta ti el ansioso intento
vió disolverse en polvo su quimera.

Deja que al contemplar tus sendas de oro,
sepamos de una eterna vida pura,
de un escondido, inmaterial tesoro;

que unamos nuestra suerte con tu suerte
y bebamos del agua la frescura
gozosos, en presencia de la muerte.

XXVIII

ROSAS DE OCTUBRE

Rosas de octubre en rubia cabellera.
Vara de nardos. ¡Oh nocturno trino
de ruiseñor! Ya la estrellada esfera
se duplica en el mar. El diamantino

coro de astros se remonta. Suena
un rumor de aguas. Islas temblorosas
emergen del confín; y la serena
luna se esconde en selvas silenciosas.

Nocturno trino en el ambiente en calma;
corazón inmortal, áureo destino,
ahora somos ya tan sólo un alma,
con el tesoro de un beso divino...

Perfuma como flor la primavera
y es una etérea flor la soledad;
hay rosas en la rubia cabellera,
y en la pupila azul, serenidad...

XXIX

A UNA ESTRELLA

Oh clara estrella, mi dolor ignoras;
ignoras el dolor del mundo, estrella,
cuando en la paz de las nocturnas horas
tu luz como una lágrima destella.

De millones de leguas tu mirada
desciende hasta la página que escribo,
le ofreces a la idea comenzada
no sé qué inmenso pensamiento vivo.

Cuantas veces por ti, mi torpe verso
sintió latir un alma misteriosa
y apresado en la red del universo
palpitó cual cautiva mariposa.

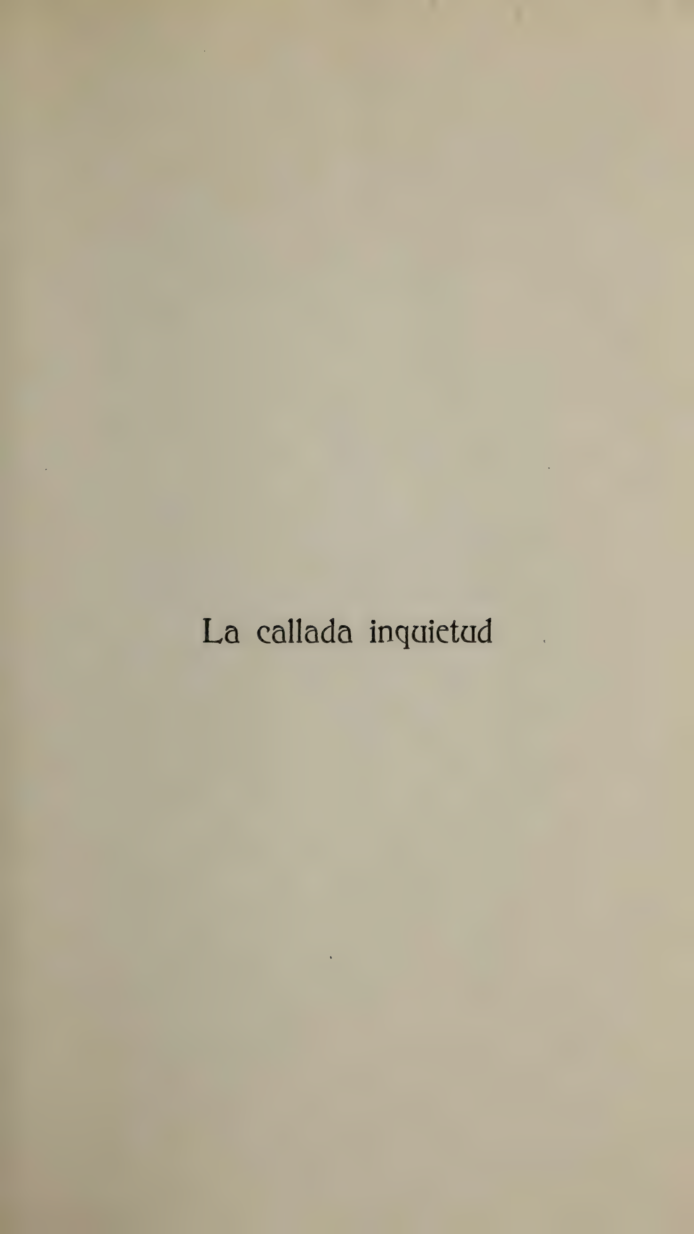
Ignoras el dolor, mas tu luz pura
nuestro callado espíritu levanta,
y el infinito azul lo transfigura
en una voz universal que canta.

XXX

AMOR

Oh tu quietud de niña dulcemente azorada
y el profundo relámpago de tus ojos dormidos;
ese temblor de rosas de tu cuerpo de amada,
cuya hermosura arredra corazón y sentidos.

Suave e imperiosa diosa, con mis labios humanos
he sorbido en tus labios, adolescencia, amor;
tú has puesto, al oprimirme con tus divinas manos,
una estrella en mi boca de cruel y dulce ardor.



La callada inquietud

I

HAY UN ALMA SECRETA EN LAS COSAS

Hay un alma secreta en las cosas
que murmura su voz inefable...
(Me dijiste que amabas las rosas
porque tienen un alma adorable).

Era ayer, había luna en el bosque de pinos,
cuando tus ojos que amaron la vida,
con todos sus bienes divinos,
en mí despertaron un alma dormida.

Visión de otras vidas, jardines de sueño y de oro,
voces cariñosas de seres por siempre ignorados,
ciudades de paz que nos guardan secreto tesoro
y la flor de los días sagrados.

Oh noche adorada de la adolescencia,
cuando dióme el mundo su alma de mujer,
y entre los cristales de una oscura ciencia
nos habló el amor de lo que no se puede ver...

Hay un alma secreta en las cosas;
las aguas, la tarde, la estrella, el camino,
nos turban con voces sutiles, medrosas,
y tejen la tela del áureo destino...

Por eso yo sé que no hay muerte: la vida
perenne, resurge en las cosas;
si un día en la muerte quedaras dormida,
¡qué lenguaje tan hondo tendrían las rosas!

II

VAGUEDAD

Poeta, en su dulzura
tu canción sin palabras, adormece
mis horas, y parece
desvanecerse en ella mi amargura.

Ala del corazón, ala ligera
en la añoranza soñadora,
tu canción sin palabras atesora
en el alma la antigua primavera.

Si en encanto de música apacible
se esfumara la angustia de la vida,
o en un sueño de amor adormecida
flotara en tu canción indefinible.

Si música, tan sólo, el verso fuera,
al decir, sin palabras, la canción,
la canción que es otoño y primavera...
Esconde tus palabras, corazón.

Que nos hable tu música. Así un día,
dirán oyendo el susurrar del canto:
unos, qué alegre verso el que sentía;
y otros, canción, qué triste es vuestro llanto.

III

TARDE OTOÑAL DE LLUVIA

Duermen las arboledas bajo la lluvia fina,
en las aguas, la tarde macilenta reposa,
por las llanuras grises cruza leve neblina,
en mi ventana tiembla una rama medrosa.

Soledad de la tarde otoñal, silenciosa,
cuando duermen los árboles bajo la lluvia fina,
y del cuerpo doliente, cual azul mariposa,
se eleva a los espacios la pobre alma divina.

Oh tarde entre la lluvia, íntimamente buena,
tú me has dado la gracia que no puedo expresar;
llenaste de delicias el temblor de mi pena,
he podido a tu encanto largamente llorar.

Diez años, veinte años... ¿Qué nos dice la vida
que lanzamos radiantes, por el mundo, ligera,
que el placer ha sorbido restañando su herida
en las doradas horas de su azul primavera?

Oh tarde, entre la lluvia, me recojo callado
a soñar y a sufrir y a tornarme sereno,
y la emoción lastima mi cuerpo fatigado
de nunca haber podido, lo que soñó, ser bueno.

Tarde otoñal de lluvia, quiero, aquí en la ventana
que da al campo sombrío, contigo meditar,
sentir tu misteriosa potencia sobrehumana,
en esta carne débil que se ha echado a llorar.

IV

ENCANTO

Un encanto perenne me han dejado las Horas
bajo el árbol en flor de esta tarde de estío,
cuando desde el pasado nostalgias turbadoras
exprimieron las lágrimas del corazón sombrío.

La triste lira de oro con la flauta pagana
rimaron el hechizo de reir y llorar;
y al abrirse la estrella de la tarde, mi arcana
desazón fué llenándose de una luz estelar.

Música vaga y dulce de los viejos ayeres
que renace de nuevo en la pena que llora,
y nos trae el cariño de los extintos seres
y una futura paz y una imprevista aurora.

Aun puede el corazón recobrando su audacia,
su juventud, sus años de amor y ligereza,
erguirse tembloroso de misteriosa gracia
y ser joven y fuerte de antigua fortaleza.

Recobrar los vellones de la zarza inclemente,
uniendo viejos días a los días futuros,
y saber que a su lado va misteriosamente
la que entre los abismos nos conduce seguros.

V

CAMPANAS EN LA TARDE

Campanas en la tarde... La llovizna callada...
En mi sér el tormento de encontrar un camino,
más allá de la vida, que no vaya a la nada,
y aliento sobrehumano que me torne divino.

Y las antiguas culpas, los crueles desaciertos,
la duda, la blasfemia y el frío ¡qué me importa!,
los ojos amorosos de los amados muertos,
y el instante en que el hilo de la vida se corta...

Seré bueno, me dije, el destino es sagrado,
y la vida es un templo para las cosas puras;
cien caminos opuestos mi vida ha comenzado
y he tornado de todos con viles amarguras.

Nunca labres la vida como piedra preciosa
que guardará en sus arcas la historia de los nombres,
derrámala en la pena de un alma dolorosa,
en la herida sangrante del dolor de los hombres.

No pienses en ti mismo, feliz, apuesto y vano,
pregúntale un instante a tu sér soñoliento,
lo que ser deberías en el trajín humano
y riega con tus lágrimas tu árbol de pensamiento.

Campanas de la tarde... La llovizna callada...
Amor, en tus campiñas yo segaré la mies:
la bondad solamente torna purificada
el alma y le señala su divino *Después.*

VI

AZUL

Azul, en el cielo del amanecer,
azul, en el alma la leve quimera,
azul, en los ramos de la primavera,
azul, en mi gozo de amar y de ser.

Azul, en las ondas y espumas del mar,
azul, en la suave selva de la vida;
azul, la esperanza que estuvo dormida
y emerge, radiante de gloria, a cantar...

Azules, azules luminosos, sea
su maravillosa mar de ensueño en mí,
azul de los cielos la sagrada idea,
mi sér de mañana y lo que ayer fuí.

Libre como el águila que se eleva al cielo
y bebe en la atmósfera valor y pujanza,
os dice, mar, selva, montaña, mi anhelo:
—dadme los azules para mi esperanza.

Todos los azules de la melodía
y todas las músicas de la poesía
en cuya red áurea tiembla el corazón;
la ciencia sabida, la cosa evocada,

la nube en la aurora, la mente turbada
cual nunca lo fuera por honda canción.—

Suavemente sube mi alma a los cielos,
do el rosa florece de la madrugada,
cual leve neblina de sutiles velos
de azul tembloroso en onda dorada.

Cielo, en tus abismos voy a florecer,
su lira me ofrece diáfana quimera,
veré el azul vivo de la primavera
y el azul del gozo de amar y de ser!

VII

LA BELLEZA DEL DIA

En el cristal de azul y oro de la mañana
viviré tu alegría radiosa, primavera,
entre los sauces que hunden la verde cabellera
en el lago en que el cisne da su gloria pagana.

En la ribera se abre ya la rosa temprana,
y el sátiro musgoso se anima en la ribera,
y del pájaro oculto la música ligera
se disuelve en la música que mi espíritu mana.

Aquí el amor sonríe con el árbol y el trino
matinal; aquí el gozo de ser llena el ambiente,
y nos abre los ojos el instante divino.

Sol, cielo, selva y agua se tornan melodía,
y en el cisne y el mármol simbólico se siente
que canta la belleza sin límites del día.

VIII

ETERNA UNION

Al través del espacio, del tiempo y del destino,
vivirán nuestras almas unión constante y pura;
el mundo es un regazo de madre y su ternura
resplandece en las torres del ensueño divino.

Ya de amor dió sus flores el árbol de amargura,
misterioso relámpago nos señaló el camino,
y el azul de la aurora enseña al peregrino
la alegría sin límites que la vida le augura.

Surge en mí nueva vida; mi existencia es remanso
del activo universo que se mira en mí mismo
y me da en la mañana con su paz mi descanso.

Ya no moriré nunca ni acabará mi voz.
Hay brazos amorosos en el oscuro abismo
y late en las tinieblas el corazón de Dios.

IX

LA HORA ENCANTADA

El día resplandece en la clara arboleda;
es mañana de octubre, tibia, alegre y suntuosa;
y entre verdes encinas la pradera, amorosa,
ofrece a nuestro paso su tornasol de seda.

Aroman tus cabellos el mirto y la reseda,
tu angélica hermosura sonríe silenciosa,
y en tu inmensa mirada fugaz y candorosa
el infinito amor plácidamente rueda.

Llueve luz; de un enjambre de abejas el revuelo
cruza; en tu traje níveo caen corolas vivas;
en nuestras almas jóvenes arde el azul del cielo.

Y en el bosque de mirtos verá el agua dorada,
mientras alcen su vuelo las palomas esquivas,
nuestros labios unidos en la hora encantada.

X

EL ALCAZAR DE LA PAZ

Montañas, ríos, selvas olorosas,
voy buscando el alcázar de la paz.
Ayer ceñí mi corazón de rosas
y le dije a la vida: ¡nada más!

Ayer ceñí mi corazón de rosas
y la alondra del alba en mí canto;
y hoy extiendo las manos dolorosas
por asir la esperanza que pasó...

Azul remanso, valles y montañas,
girón de nube en cielo matinal,
ensueño que en la tierra me acompañas,
lira que sabes del misterio astral:

Voy persiguiendo, noche y día, errante,
de esperanza dulcísima visión,
por ella vive el alma sollozante,
y late en el silencio el corazón.

XI

¿PARA QUE AMO LA VIDA?

Para qué amo la vida, su jardín y su brillo,
si como un viejo monje me ayudo a bien morir
en el hosco silencio de incógnito castillo,
y el secreto que guardo no lo puedo decir?

Ayer, manos de seda me dieron sus caricias;
y tristes añoranzas me invadieron ayer,
cuando sentía, al gozo de inefables delicias,
congojas de un pasado que ya no ha de volver.

Con el alma fragante del ayer aun palpita,
en su celeste música, nuestra ilusión, que va
entre un ansia muy honda y una pena infinita,
y es como luz de un cirio que siempre oscilará.

Y esta vida es ensayo que se hace una vez sola
con los años que fluyen cual las aguas al mar;
llévame a otras riberas, le he clamado a la ola,
le dije a la esperanza: aquí me he de quedar...

Dios mío, si es de trágico el día en que se alienta,
Dios mío, si seduce el camino que corre;
y somos pasajeros que la duda amedrenta
de seguir adelante, o quedarse en la torre

de ilusiones divinas y blandos terciopelos...
En vano nos atrae la nube con su viaje,
que si son como ella los fugaces anhelos,
detienen nuestro paso las hadas del boscaje.

Así queremos fuertes armaduras sonoras
para templar el bronce de la epopeya inmortal,
como tendemos frágiles las alas soñadoras
a ciudades románticas de humo y de cristal.

Al fin vendrá la muerte, con su mirada queda,
y sus dulces encantos y su pavor también,
y al sumergirnos pálidos en sus ondas de seda,
le diremos, oh vuélvete, si aquí estamos muy bien...

XII

ANOCHECER

Chispean los sarmientos en el hogar humeante;
el viento frío ronda, y el gris anochecer
se puebla con los ruidos del árbol vacilante;
en el círculo todos nos volvemos a ver.

Es otoño lluvioso. Los charcos cenicientos
se pierden en las largas, borrosas carreteras;
a veces remolinan y se agolpan los vientos,
con sus ráfagas húmedas y las hojas postreras.

Aldea, en el otoño... Niñez... Aspero fuego.
El alma en nuestros ojos... Dulce tranquilidad;
pobreza hecha de rosas; sufrir hecho sosiego...
¡Mi dócil perro alegre de aquella mocedad!

Frío, lluvia...—La nieve ha de caer temprano...
—El invierno es muy duro...—La gente va a morir...
—¡Quién sabe si nosotros volvemos al verano!
—Si la abuela está sana...—Nadie puede decir...

En el círculo todos, la familia en la rueda...
—¿Y, qué tiene este niño que se pone a llorar?
—Si no lloro, no es nada... el viento en la arboleda,
el humo de un sarmiento húmedo al chispear...

El niño tiene ocho años; pensó cosas oscuras,
sintió la vida inmensa llenar su corazón;
vió dolores muy hondos, abiertas sepulturas,
y soñó que en la selva lo acechaba un león...

Es oscura la noche con sus luces dormidas
que la llovizna empaña; un lento caminante
empapado de lluvia, las piernas ateridas,
se pierde en el camino, espectral, vacilante.



Otoño, otoño, otoño, tú mi aldea conoces,
y sabes, si estoy lejos, lo que duele el ayer,
cuando tus lluvias tráenme las amorosas voces
de tanto sér querido que nunca ya he de ver.

XIII

MELANCOLIA

Melancólico sapo del agreste camino,
de la húmeda piedra, de la laguna en paz,
sapo de los trigales, del huerto campesino,
que el canto en noches áureas a primavera das.

En tus ásperas músicas hay sabor a llanuras,
a silencio nocturno, y a místico dolor;
y viertes en las vanas y crueles desventuras
un perfume de bosques y de hierbas en flor.

En las tardes de estío y en las noches serenas,
cuando el alma reposa del cotidiano mal,
tus coros resonantes apaciguan las penas
de carne deleznable y espíritu inmortal.

Hugo vió la miseria de tu extraño destino,
y el asno que te salva se aureola de luz,
hay en tus ojos fúlgidos un resplandor divino
y la misericordia que enseñara Jesús.

Cuando el hombre que vierte su veneno en las cosas,
te hiere con su piedra por repugnante y vil,
moribundo te arrastras por hierbas olorosas
con un algo de mártir silencioso y monjil.

Pues, eres como un monje de la naturaleza,
eres tierra con alma que se pone a cantar,
y tienes en tu acento recóndita tristeza
de noches solitarias de claridad lunar.

XIV

EN EL DOLOR

En el dolor, profunda marejada,
revolvió el seno del alma llorosa,
y me mostró su hondura en la encrespada
agua de tempestad, tumultuosa.

De hombre maligno, villanesca lanza
abrió en mi vena el surco de la herida,
amargó en sus raíces la esperanza,
hizo temblar el árbol de la vida.

Como el mar se dilata en la ribera
y el viento silba en la encrespada ola,
inundóme el dolor el alma fiera
que de pronto se encuentra herida y sola.

Cual la ola al retirarse su tesoro
recóndito en las playas deposita,
quedó mi alma después de amargo lloro
más llena de piedad, más infinita.

Lanzad la piedra, manos impetuosas,
herid con odio injusto y villanía,
si queréis que el espíritu dé rosas
de más puro perfume todavía.

XV

AUSENCIA

Tristeza de la tarde silenciosa
en la casa vacía; lluvia y calma;
recuerdos del ayer en cada cosa
y el otoño en el árbol y en el alma.

Juguetes olvidados en la alfombra;
y la risa infantil que ya no escucho,
y oir creo en la sala — que la sombra
llena — y me dice: — Sí, te amo mucho.

Será fría la noche, la ventana
crujirá con el viento, y la serena
luz del hogar, si estás de mí lejana,
alumbrará la silenciosa cena.

La puerta de la alcoba está cerrada,
me es triste la de ayer dulce lectura,
y al escribir la página empezada
se puebla el pensamiento de amargura.

XVI

VIDA BRUTAL

Vida brutal que al niño con tu dolor lastimas
y turbas el silencio nocturno con su llanto,
y dejas en las rosas de la niñez que mimas
dolores misteriosos y un misterioso espanto.

¡Cómo llenas de sombras el corazón herido,
corazón paternal, cuando, impasible, quemas
con tus brasas ardientes el cuerpo florecido
de sedeños capullos y de gracias supremas!

Saber que arteramente se esconde la amargura
en el cáliz que llena la aurora de rocío,
y ante el niño que llora, la paternal ternura
no puede en este siglo ya invocarte, Dios mío.

Oh gran dolor humano, oh dolor sin riberas,
deja al menos que el niño te desconozca y ría,
no turbes con tus lágrimas las suaves primaveras,
no derrames tus noches en la albura del día.

Dale al niño, a lo menos, el edén de su infancia,
el cristal transparente de eterno regocijo;
y así podrán los padres respirar la fragancia
de la imposible dicha en el amor del hijo.

XVII

REFUGIO

Ya la tarde apacigua mi corazón; reposa
mi alma en el són del ángelus y en la estrella naciente;
la arboleda, el estío y una paz venturosa
hacen brotar la antigua hora pura y ardiente.

¡Volver por los senderos que el pino azul orilla,
entre el blando murmurio que en las hojas resuena,
cuando es el mundo todo como un alma sencilla
que hace dulce el recuerdo de sollozante pena!

¡Volver por tus jardines, oh tarde silenciosa,
cuando el hogar callado con su lumbre, me espera,
con las abiertas páginas del libro y la gloriosa
áurea guirnalda de un amor de primavera!

Se confunden las rosas de la muerte y la vida
en un encanto suave que nos arroba el alma;
en las hondas penumbras de la tarde dormida
llénase la adolescencia de cielo, bosque y calma...

Tarde divina... Música amorosa... Destella
Véspero en la montaña; se perfuma el sendero;
nuestra alma se disuelve en la luz de una estrella.
Eterna es la alegría y el mal es pasajero.

Tú guardas la ventura de nuestra adolescencia,
y late en tus silencios un corazón de hermano...
—Esta es la vía,—dices, oh tarde, a mi existencia,
y sé que me conduce tu milagrosa mano.

XVIII

LA NOCHE

Ya la noche ha llenado los espacios,
los montes, las llanuras, las riberas,
donde el mar, encrespado y taciturno,
clama en recio rumor de muchas selvas.
La noche ha descendido hacia las cosas
y santifica el mundo y las conciencias;
lo infinito se acerca, cauteloso,
hasta el umbral con luz de nuestra puerta,
penetra en nuestra casa, en nuestros libros,
y esplende por doquier, lleno de estrellas,
aunque el perro doméstico le gruña
erizado de horror en la tiniebla.
Ya la noche ha invadido el aposento
donde labra sus versos el poeta,
hizo más honda su visión, y puso
alas de luz en su ansiedad inmensa,
y suspendió en la religiosa calma,
cual cumbre del espíritu su excelsa
y estrellada corona en el abismo.

*
* *

La noche se ha posado en mi cabeza,
me dió sed de lo eterno, religiones
que conmueven el alma de la tierra;
me levantó los brazos a la altura,
resplandeció en mi corazón, materna.
Ella cuida mi espíritu y me ayuda
a ascender a las cimas del poema
donde quiero dejar después de muerto,
el secreto que traje en mi existencia.
En mi alma palpita su misterio
y me ha dado su tinta de tinieblas,
y su callado corazón de sombras
dijo a mi alma: sé límpida y sé buena.

*
* *

La noche en la montaña, entre los pinos
y los abetos y las altas crestas,
en el silencio unánime que cae
desde la eternidad fría y serena;
donde el agua borbolla y surge en hilo
que se desgarra en las negruzcas peñas,
y hay una hoja que cruje o hay un tallo
que resquebraja su áspera corteza,
o un pájaro que canta a media noche,
o el resbalar de desprendida piedra...
Abajo los abismos, más arriba
pálidas cumbres; por doquier estrellas;
el hombre, frente al infinito negro,
como un árbol que azota la tormenta,
vacilante en un vértigo de abismo
que de un frío temblor su carne hiela,

entre el polvo de luz de nebulosas
siente que se desquicia su conciencia,
que sopla el huracán sobre su frente
y el universo ilímite le arredra.
Una mano potente nos oprime,
hay un alma que grita en cada piedra,
un clamor en los árboles dolientes
y un ulular de voces en las hierbas;
y estamos solos con un mundo náufrago,
en el misterio de la noche inmensa...

XIX

AÑORANZA

Lloviznó todo el día... Con la noche que llega
la garúa persiste. Todo calla, no hay viento;
al silencio la frente dolorida se entrega,
y nos fluye del alma cálido arrobamiento.

La llovizna, al oído, dice cosas calladas,
su quietud nos envuelve, de añoranza y de paz;
surgen borrosas, tímidas, de la sombra, las hadas,
que vimos en los días de la niñez fugaz.

Esta es mi vieja casa donde mi ayer despierta
con el alma radiante de la esperanza ilusa,
donde erigí el santuario de la ilusión ya muerta,
en cuyos áureos pórticos hubo más de una musa.

Aquí flota el cariño piadoso de la abuela
que duerme en esta noche en la tumba callada,
mientras leve garúa su visión me revela
sonriéndome en los días de la niñez pasada.

¡Fué mejor ese tiempo que se extinguió, poeta!
¡Fué mejor ese tiempo que tuvo olor de azahar,
que esta vida sonámbula, recóndita y secreta,
que palpita en borrascas como si fuera el mar!

Salas viejas, henchidas de memorias sagradas,
con moblajes antiguos de bronceado color,
os dejó ya la muerte, tristes, deshabitadas,
con nada llenar pudo, esa ausencia, el amor.

XX

OFRENDAS

Estas manos de seda me vendarán la herida
y esta voz inefable será mi ruiseñor;
en la selva de angustias y de paz de la vida
¿qué nos queda si muere para siempre el amor?

En las noches al claro de la luna, callado,
retorno por los mismos senderos al hogar,
y aspiro las fragancias de ilusión del pasado,
de ese muerto querido que siempre he de llorar.

Oh copudos naranjos cuyo azahar me es triste,
oh montañas azules que me habláis de dolor,
con los brazos abiertos he clamado: ¡No existe,
ya no existe la mano que en antaño fué amor!

Y retornan de nuevo claras, hondas ternuras,
y brazos amorosos nos guarda el porvenir;
¡mas, aquellos que duermen en las noches oscuras,
que su amor ya no pueden, si están muertos, decir!

¿Por qué vida insegura tus bienes das y quitas,
por qué en la nueva ofrenda te llevas la de ayer,
y no dejas que un día, como rosas marchitas,
nos vamos todos juntos para nunca volver?

XXI

ELEGIA

Juventud, ya deshoja íntima angustia
la fragante guirnalda que tejiste
con tu inmensa ilusión ,un día claro.
La armonía de otra hora fué a los vientos
a acariciar el sonrosado oído
de la inocente virgen que sonríe
y del núbil doncel que ama la vida
en el jardín en que el encanto mora.
Musa, ayer sonriente, hoy solitaria
sigues del sueño el silencioso arcano,
transfigurada en resplandor de estrellas,
entre la paz crepuscular; las horas
caen en el cristal de tus visiones
heridas de nostalgia y de imposible.
Ay, el viento llevárase de un día,
la esperanza, el amor, la audacia, ilusas
conquistas, ambiciones altaneras
que fueron luz de un astro de los abismos,
grandes olas del mar, arremetiendo
en un perenne resonar la tierra.
De la trémula flauta la elegía
llora en el hondo corazón del monte,
cual si quisiera despertar el alma
de la divina juventud radiosa.

Y tornamos los dos, Musa quimérica,
en el callado anochecer, esquivos,
y sube de la tierra un vaho agreste
de montañas y bosques, el inmenso
latir de un corazón, a las esferas,
y el humo del hogar que alegra el alma.

XXII

HISTORIA ANTIGUA

La luna en su creciente con suave luz fulgía,
allá, en la vaga púrpura de la tarde sombría,
cuando Jacob, rendido, en áspero paraje
buscó refugio. Huía — en azoroso viaje —
de la ira de Esaú a las tierras de Harán.
Hizo de grandes piedras su cabecera ruda,
y durmióse; en la noche solemnemente muda
cruzó la enorme sombra del abuelo Abraham.

Y vió Jacob en sueños que escala luminosa
tierra y cielo unía; los ángeles de Dios
descendían por ella; la noche tenebrosa
se llenaba de lumbre y oyó la eterna voz:

—¡ Soy el Dios de Abraham, soy Jehová tu Dios;
dondequiera que vayas serás por Dios bendito!

Jacob sintió que su alma temblaba en ese grito;
y se dijo: Esta tierra es la casa de Dios.

Jacob siguió el camino lleno de angustia y gozo
y miró a mediodía, en el desierto, un pozo;
rebaño innumerable se agitaba en redor
y en medio de él se alzaba silencioso el pastor;

en la boca del pozo gigante piedra había
que sólo la gran fuerza de hombres diestros movía.
—¿De dónde sois, hermanos? les dijo a los pastores
Jacob.—De Harán somos.—¿Conocéis a Labán?
—Lo conocemos; tiene los rebaños mejores,
es el de los más ricos de las tierras de Harán.
—¿Hay paz en su morada?—Paz y sabiduría.
Ahí se acerca su hija Raquel con el rebaño.

Jacob miró a la joven callada que venía
como una bendición después de tanto daño.
Raquel era pastora distraída y hermosa.
Jacob movió la piedra de la boca del pozo,
y dió un beso a la joven que lo miraba ansiosa,
sin comprender de donde nacía ese alborozo.

Y díjole Jacob: soy hijo de la hermana
de tu padre; por ella, hoy vengo a estar con él;
y lloró amargamente. A la tienda cercana,
en busca de su padre, corriendo fué Raquel.

Jacob contó a Labán la historia de su hermano
Esaú; el odio justo, la inminente venganza;
Labán tendióle al joven la poderosa mano
y ofrecióle refugio, trabajo y esperanza.

Labán tenía dos hijas, de tiernos ojos Lía;
Raquel de hermoso rostro y mirada de miel...
Te serviré siete años, a Labán le decía
Jacob, porque me entregues por esposa a Raquel...

XXIII

ELEVACION

Astro que estás surgiendo en la paz vespertina
de la montaña, claro diamante en la serena
tarde; el alma suspira, y en el silencio, ajena
a los bienes fugaces, vive su hora divina.

De misterio en la tarde la montaña se llena,
los árboles se envuelven de azulada neblina
y flota en los espacios la lumbre diamantina,
mientras el agua cae del peñascal y suena.

¡Oh tarde que en la infancia me diste tu consuelo,
tu perfume de nardos, tu rumor de campanas,
y un despertar de estrellas en el profundo cielo;

cuando en los años leves brotaban primaveras
y el alma temblorosa soñó novias arcanas
entre el enjambre de oro de místicas esferas!

XXIV

BALADA DE OTOÑO

Las hojas de otoño
en el césped ruedan;
y en un temblor áureo
canta la arboleda
su canción de otoño
con las hojas muertas...

El bosque amarillo,
en la tarde quieta,
se mira en el agua
finamente trémula,
mientras llueve el ámbar
de las hojas muertas.

Un perfume dulce,
que el ayer recuerda,
diluído en el aire,
nos trae la pena
de un amor ya ido
como una hoja muerta...

La noche de luna,
la tarde violeta,
en los altos olmos,

un rumor de sedas;
y unos ojos húmedos
y una voz muy tierna...

Otoños, inviernos,
suaves primaveras,
mágicos estíos,
mocedades frescas,
se fueron como una
doliente hoja muerta.

Ay, cómo en el alma
se ahonda la ausencia
de antiguos ensueños,
pasiones primeras,
de novias nimbadas
de un cerco de estrellas...

Y nos acompañas,
oh suave tristeza,
ungida por muchas
esperanzas muertas,
como un ruiseñor
que llora en la selva.

Las hojas de otoño
en el césped ruedan;
y en un temblor áureo
canta la arboleda
su canción de otoño
con las hojas muertas.

XXV

DULCE IGNORANCIA

Soledad de la noche de estío, en que te adoro,
y hay un jardín de paz y de esperanza; rueda
el viento entre las hojas con un rumor de seda
y el espacio magnífico es un sueño de oro.

Nuestro amor vago y hondo quiere una eterna vida;
y mis ojos abiertos a la íntima ternura,
te miran en tus lirios candorosos, dormida,
sin presentir el dardo de la existencia dura.

El amor en el alma y la estrella en el cielo;
la flor frágil y leve y el astro en la impasible
grandeza de la noche. Amor, oh dulce velo,
que el abismo le ocultas a la vida posible.

Que me miren tus ojos en la calma nocturna,
al reclinar en mi hombro tu frente soñadora;
y yo haré de los cielos una amorosa urna
para la flor divina de tu candor que ignora.

XXVI

CORAZON QUE ESTAS SOLO...

Corazón que estás solo en la noche abismada,
y que te sientes triste sin meditar en nada,
¿por ese olor de rosas que te ha traído el viento?
Corazón, conozcamos tu oculto pensamiento...

Del invierno brumoso en una tarde fría:
—Va a llegar, me dijiste, el esperado día.—

Lloviznaba con viento; cruzamos lentamente
el sendero empapado; y tú, constantemente,
me llevabas a un íntimo dolor que nadie calma.
Me decías: — Ya es hora que dé su fruto tu alma.
Hemos andado mucho y mucho hemos llorado.
Escribe el gran poema que tienes comenzado.—

Corazón, te decía, olvidemos todo eso,
porque en mi alma se encierra como un algo inexpreso,
porque en cada palabra se muere mi poema.
No llegaremos nunca a la cima suprema,
por eso no me digas lo que me hace llorar,
no cantan mis estrofas lo que quiero expresar...

En la lluviosa noche quedé apesadumbrado...
Y luego, ya en mi casa, de silencio cercado —
la luz iluminaba los libros silenciosos,

que llenaron mi alma con sus maravillosos
ensueños — me decía: me ha trazado el destino,
ya, una línea severa que será mi camino.

Corazón que estás solo, y que te has vuelto triste,
al oído qué sabias reflexiones me hiciste
y qué crueles; la vida, corazón, es espuma
que se deshace y pasa. Es humo nuestra pluma:
dibuja las ideas, los paisajes, las cosas,
que luego se deshacen en ondas caprichosas.

XXVII

VERSOS DE PRIMAVERA

Clara, suave, henchida
de luz, primavera,
ven, florece en mi alma
con oculta ciencia.

Como los ramajes
y menudas hierbas,
déjanos dar flores
dános tu belleza.

Que nos santifique
tu corona espléndida,
de follajes nuevos,
de esperanzas nuevas.

Que nuestro afán guarde
tu savia, tu fuerza;
fructífero el germen
del esfuerzo, sea...

Por tantos trabajos,
por tantas tristezas,
dános tu alegría
dános almas buenas.

Que en nuestras acciones
todo bondad sea,
perdón y justicia
amor y clemencia.

Dínos, sois hermanos;
y de almas perversas
ten misericordia,
tórnalas serenas.

Amamos la vida
con pasión inmensa,
que en el universo
sólo amor es ciencia.

Clara, suave, henchida
de luz, primavera,
déjanos dar flores,
dános tu belleza.

La selva y la montaña

A Enrique Loudet.

I

VIVIR SIEMPRE CONTIGO...

Vivir siempre contigo quiero, naturaleza,
para que surja en mi alma la potente belleza;
escuchar tus cigarras bajo los altos pinos,
vivir la adolescencia con sus días divinos,
como un Orfeo joven que encantase el amor
— en la noche de luna — del doliente pastor...
Oh clara adolescencia, vivir quiero contigo,
en las áureas praderas de amarillento trigo,
en la salvaje orilla del gran mar taciturno
cuando lo transfigura el misterio nocturno,
y suena un grito alado ,en los bosques distantes,
que se eleva a los cielos floridos de diamantes;
en las montañas ásperas donde en la piedra ruda
la entraña prodigiosa del mundo se desnuda;
y entonces con mi alma suspensa en la armonía
eterna, dirá el verso la ignota melodía
que encierra en mí un tesoro de estrellas y de rosas,
de noches apacibles, de tardes amorosas.
La juventud risueña de los dioses festivos
me exornará la frente con su ramo de olivos;
por la gracia del canto te harás más bella, vida,
y sorberán mis labios tu áurea miel escondida.

II

ARBOLES DE LA ORILLA DE LAS AGUAS

Arboles de la orilla de las aguas, del flanco
de las montañas; árbol verde, amarillo, blanco,
que cubrís las llanuras de selvas olorosas,
y dáis a las borrascas las hojas temblorosas
nutriendo las raíces de fuerte zumo eterno;
y ya sois primavera, o estío, otoño, invierno,
la sonrisa de júbilo de la tierra que os ama
y hace de cada pájaro una lira en la rama.

Pinos del norte, pinos del sur, robles, abetos,
olivos, araucarias, sauces, cipreses quietos,
que durante los siglos, silenciosos, pujantes,
habéis sido en los bosques abuelos y gigantes.
Sois el valor callado, la fuerza y la armonía,
fantasmas en las noches y ángeles en el día;
el arrullo en vosotros se difunde; de amores,
sabéis por los ramajes, los nidos y las flores;
y cuando el hacha ruda y siniestra os derriba,
serenos, clamorosos, os dobláis, desde arriba.

Arbol, árbol divino, he besado tus hojas;
tu tronco poderoso; tus flores blancas, rojas,
amarillas; tus yemas de terciopelo; el fruto
ya de seda, de oro, de miel, o ya el hirsuto

que envuelve ásperamente semilla delicada;
la semilla, un espíritu, en prisión encerrada,
que espera la voz de ¡álzate! para reir, dichosa,
con sus hojas menudas en la estación gozosa.

Arbol, eres la gloria del mundo; eres la vida
más pura y desbordante en la tierra nacida.
Desde esta hoja que apenas entre la roca vive
hasta el árbol coloso que el claro sol recibe
al hundir sus ramajes en lo azul de los cielos,
mi alma se ha poblado con sus mismos anhelos,
con su misma pujanza, con su misma alegría.
Con vosotros saludo la aurora de este día,
en las riberas ásperas de los mares hirvientes,
en los montes nevados de luz resplandecientes,
en las llanuras llenas de un olor a mañana,
en los suaves jardines y en la fronda lozana.

III

EN LA SUAVE MAÑANA

Vayamos por las sendas que el sol naciente dora,
donde aun palpita el diáfano corazón de la aurora;
y en las húmedas hierbas y en el ramaje agreste
flota, límpida y suave, la inmensidad celeste.
Entremos en la selva clara, suelta y erguida,
en un vago murmurio de aleteo dormida;
amemos estas aguas que van tranquilamente
para agolparse luego tronando en el torrente;
y la nube que pasa y el águila que asciende
y nuestro ser vibrante que hacia el azul se tiende...
Hojas de hierbas. Hojas de los árboles. Miles
de insectos susurrantes. Armonías sutiles
de la naturaleza campesina. Mañana
que deshaces de un golpe mi desventura vana;
los sueños afiebrados de la noche, el orgullo
que mastica su bronce punzador; con tu arrullo
siéntese vigorosa mi alma convaleciente
y llenarse de músicas y de amores se siente;
quiere domar la vida cual a un potro iracundo
y pisa tus senderos como dueña del mundo.
Aquí el hombre despierta, aquí el poeta canta,
y aquí cual las alondras al cielo se levanta.

IV

TE APOYAS EN MI BRAZO...

Te apoyas en mi brazo palpitante y segura,
tus áureos dieciocho años, me trascienden ternura;
en el silencio grave de tu faz sonrosada
de una intensa alegría te sientes conturbada ;
en el perfume eclógico y en la música viva
de las cosas, te meces, mariposa cautiva
en redes invisibles de encanto y de hermosura.
La montaña nos abre entre la roca dura
su camino ascendente; los árboles nudosos
y gigantescos tienen racimos temblorosos
de hojas nuevas. Olores de recinas, olores
de la rama estrujada, de montañesas flores,
flotan al viento; todo nos dice amables cosas,
y nos vamos volviendo, ya pájaros, ya rosas...

V

NOS DICEN LAS MONTAÑAS...

Nos dicen, las montañas, las selvas: —¡Libertad!—
Hoy palpita en nosotros la azul inmensidad.
Libertad sobrehumana de pensar y vivir
en las bravías selvas y arduos peñascos. ¡Ir
con el viento a la espalda como un ala vibrante,
cual guíados del brazo potente de un gigante;
muy lejos del que vende, muy lejos del que injuria,
del que esconde la envidia, la maldad y la furia,
del que odia la inefable, la santa poesía!
El mundo a nuestras almas les da su bello día.
Hay aquí vida plena, áspera y dolorosa,
atrevida y solemne y apacible y gozosa;
y el espíritu, libre de mundanal infierno,
aquí vive en la gracia de un pensamiento eterno.

VI

MAÑANA DE SEPTIEMBRE

Mañana de Septiembre. Campanas familiares.
De los viejos naranjos están lloviendo azahares;
en las parras en ciernes un pájaro revuela;
a pesar de sus años, ríe, alegre, la abuela.
Como en los tiempos bíblicos las tórtolas dolientes
en los boscajes lloran. Ya los días ardientes
del estío, se anuncian; ya las flores rosadas
y blancas, se abren. Lejos, las montañas nevadas
fulguran en océanos de azul... Aun niño, creo,
que al abrirse la puerta el hijo de Peleo,
joven y vigoroso, penetrará sonriente,
pues en las sierras ásperas de La Rioja, un potente
soplo de Grecia fluye. Con la harina de casa
el pan de cada día joven mujer amasa;
los rayos del sol cruzan los nudosos parrales;
a veces en los álamos gorgean los zorzales;
su lección, en voz alta, un niño deletrea;
el largo perro duerme; la gallina cloquea...

VII

EN LA TARDE DE ESTIO...

En el aire cerúleo de la tarde de estío,
se eleva mansamente el murmurar del río.
Las azules colinas se ennegrecen y flota
en los cielos profundos de Venus luz ignota.
En la tierra apacible casi se escucha el vuelo
de algo que sube o baja desde el mundo o del cielo;
y nuestra alma sencilla como vieja plegaria
siente en su dicha ingenua la tarde solitaria
que al florecer en astros en el azul divino
nos torna en su misterio remanso cristalino.
Hablan en la penumbra las más humildes cosas,
el arbusto, la piedra; las voces misteriosas
que traen un murmullo de paz. En nuestra frente
hay un beso de amor... Ya casi no se siente
la tristeza implacable ni el mal que nos han hecho,
si la bondad del mundo perfuma nuestro pecho;
y nuestra vida enorme como la tarde, llora
en dulcísima lágrima el amor que atesora.
Hacia el cielo estrellado de la noche de estío
se eleva mansamente el murmurar del río.

VIII

UN AGUILUCHO GIRA...

Un aguilucho gira sobre los peñascales;
al respirar el viento de los montes natales,
mi cabeza bañada por la luz del estío
resplandece. En las piedras teje espumas el río.
Al trepar por los ásperos peñascos cenicentos,
impregna la mañana, de azul, mis pensamientos.
Mi corazón se rinde a una suave fatiga
en la cumbre desierta de la montaña amiga;
miro cerros nevados, verdes valles, y blancos,
los ríos pedregosos y estériles barrancos.
Un círculo grandioso de montañas se eleva
cubriendo el horizonte; y en mi sér se renueva
la visión prodigiosa de la tierra viviente,
desde el tenue latido de la oculta simiente,
hasta el cósmico vuelo, en enjambres, de esferas.
Y vivo en el silencio gloriosas primaveras
del alma. El mundo múltiple está en mi corazón:
y me llega del fondo de razas abolidas,
un rumor incesante de anhelos y de vidas
que dieron siglo a siglo voz a la Creación.

IX

ESTIO. RUMOR DE AGUA...

Estío. Rumor de agua que corre. Algarabía
súbita de los pájaros. Silencio. Mediodía.
Sombra de los follajes. Claros de sol. Reposo.
La vida duerme en medio del aire luminoso.
El reloj da las doce. Dorada abeja pasa.
Todo es sagrado en esta mi antigua y noble casa
que esperó mi retorno con tanto amor y pena.
Me conocen los árboles. En la vieja alacena
de mi niñez los libros, me aguardan. Todo vive
una vida más honda. Mi niñez me recibe.
Después de tantos años de un vivir harto duro,
se me agolpan las lágrimas cuando me dice, Arturo,
la vieja tía, y cuéntame lo que no me dijeron
los que amándome mucho, de la casa se fueron
con mi nombre en los labios a la mansión callada...
— Vamos, ya son las doce, no estés triste, no es nada.

Bajo el parral con negros y dorados racimos,
la misma fuerte mesa, donde antaño comimos,
nos ofrece el sosiego de sus blancos manteles
y el agua cristalina de los claros cristales;
y en las lozas las peras, duraznos, moscateles
y azucarados higos. De nuevo los zorzales
vuelan, cantan y cállanse en el huerto. Respiro

la delicia de este aire de montañas; y os miro,
por entre los ramajes, mis sierras familiares,
que sois las mismas siempre. Mis antiguos pesares,
se transforman en pétalos de flor fragante y pura.
Y con los grandes higos de una intensa dulzura,
con las peras doradas, los duraznos fragantes,
van surgiendo de nuevo los días ya distantes,
de aquella suave y diáfana, extinta mocedad,
que aquí vivió sus horas de miel y de ambrosía,
que aquí supo de ensueño, de amor y de armonía,
y que se halló de pronto frente a la inmensidad...

ÍNDICE

EN EL SILENCIO DE LA NOCHE

POEMAS BREVES

LA CALLADA INQUIETUD

LA SELVA Y LA MONTAÑA

IMPRENTA MERCATALI
Calle José A. Terry 285 - 95
:: :: BUENOS AIRES :: ::

